

LA CAIDA DE UN PRESIDENTE

POR

FRANCISCO HUEZO

Gracias a los descendientes de don Francisco Huezo publicamos este libro inédito que deja claro, a través de una prosa objetiva, amena e imparcial, un período de nuestra historia contemporánea que hasta ahora había permanecido bastante ignorada: la caída del Ex-Presidente Juan José Estrada en 1911.

Esta narración histórica, que tiene tanto de diario como de trama novelística, desentraña la actividad de su personaje central: el Gral Luis Mena y viene a enriquecer la bibliografía nacional

Su autor don Francisco Huezo, nació en Usulután, El Salvador, en 1862. A los 23 años pasó por Nicaragua con el fin de conocer a don Anselmo H. Rivas, pero se quedó definitivamente desistiendo de su viaje a Chile, a donde se dirigía. Luego contrajo matrimonio con la Srta. Josefa Ortega, educadora de grata memoria y escritora de nota. Entre sus libros, aparte de su intensa labor periodística, figura una HISTORIA DE LA PRENSA NACIONAL y LOS ULTIMOS DIAS DE RUBEN DARIO



General Luis Mena

PUNTOS DE VISTA

I

Nicaragua es un país de sorpresas. El drama vive en su historia. El interés novelesco no debemos buscarlo en los libros. De sobra lo tenemos en casa. Primero la caída de Zelaya: — después la de Madriz. Enseguida el golpe de Estado, y como consecuencia, la separación de la política activa del General Emiliano Chamorro. Y ahora la prisión del general don Luis Mena, Ministro de la Guerra.

Mena regresaba de Corinto. Había ido a despedir a su amigo el cónsul americano Mr. Moffat. Cuando llegó a la Estación Central de Managua, como a la una de la noche del ocho, un oficial se le presentó de improviso y le intimó rendición. Mena venía sin ayudantes y el oficial tenía a la orden un pelotón de 50 soldados en guerrillas.

Al hacer la intimación en el estribo del wagón, el Oficial estaba acompañado de otros militares de su mismo grado, todos armados con revólver.

El Ministro, sorprendido por aquella amenaza, dijo: ¿Quién dió a U. esta orden?

—Es orden superior, le contestó el oficial. Déme U. su revólver, general.

—Condúzcame U. a donde quiera, pero no entregaré mi revólver.

Mena estaba pálido y algo emocionado.

Fué llamado un carruaje de alquiler y a él, subió junto con los militares que lo custodiaban, poniéndose inmediatamente en marcha en medio de dos filas de soldados que caminaban paralelamente a un lado y otro de la calle.

El Ministro fué conducido a la Dirección Central de Policía, distante como cuatrocientos cincuenta metros. El camino se hizo en un profundo silencio. Apenas se oía el ruido que producían las armas de los soldados en marcha y el que ocasionaba una menuda lluvia bajo un cielo negro y encapotado.

Escribo estos apuntes a las 8 de la mañana del 9 de Mayo de 1911 cuando todavía no sabe el público a ciencia cierta por qué causa ha caído el Ministro omnipotente, sobre todo, en esa forma dramática. Cuando la incertidumbre, la duda, el temor y la novedad de las gentes forma una atmósfera de confusión y penas en las familias, creyendo que estamos en vísperas de una guerra más sangrienta que la anterior. ¿Qué ha sucedido, qué pasa en las altas regiones del gobierno?

El general Mena es un jefe de la revolución, de color moreno. Hombre de calma, con los nervios equilibrados: astuto y valiente.

La prisión de este jefe ha causado gran sensación en el país.

Las gentes corren de un lado para otro en busca de noticias. Comerciantes, abogados, médicos, poetas y periodistas van activamente por las calles, en grupos, con la frase sacramental en los labios:

¿Qué hay, qué sucede?

Y yo pregunto: ¿Qué dramas íntimos y fuertes se desarrollan en el seno del Campo de Marte generadores de los graves acontecimientos que estamos presenciando.

A la verdad, no hay punto de reposo para la sorpresa dramática. Diríase que los genios de la novela iraman constantemente en la oscuridad la tela elástica de los hechos bajo el cielo constantemente encendido de las pasiones y de los rencores.

EL GRAN GALEOTO

II

9 de mayo. Las 11 a. m.

El noticiero con sus mil lenguas dice lo siguiente:

Que Estrada desconfiaba de Mena porque éste quería derribarlo de la presidencia;

que ante ese temor y para evitar más zozobras, ordenó la captura de aquel;

que para dar este paso, Estrada llamó en su auxilio a los liberales con quienes pretendía gobernar el país después.

Como una flor de sangre y de lucha reaparece en las calles la divisa roja. Muchos grupos armados la llevan y empieza a vérsela en el Palacio Nacional y en la Dirección General de Policía, puestos militares que los liberales han ocupado.

Se dice que el general Juan J. Estrada ha sido asesinado por un grupo de fuerza sublevada y que lo ha sucedido don Adolfo Díaz.

Jóvenes conservadores organizados y con la divisa verde bajan como una ola por la antigua Calle de Martínez haciendo estas aclamaciones:

"Viva el general Mena". "Muera Estrada", "Muera Moncada".

Jinetes misteriosos cuchichean en grupos y salen a escape por las calles. Van armados, unos con rifle, otros con puñales, otros con revólver. Se oyen fuertes descargas de fusilería al occidente de la ciudad, por el lado de la penitenciaría.

Dos mujeres del pueblo corren a escape por la Calle Central. Una tercera les pregunta: — ¿Qué sucede, hermanas?

Ellas sudorosas y pálidas, le contestan:

—Están matando mujeres. Acaban de herir a la señora Francisca de Molina. Hay un combate reñido en la penitenciaría. Ha habido muchos muertos y heridos.

Y la alarma y la confusión crecen bajo la tempestad de las pasiones bajo la fiebre del noticierismo, base amplia del Gran Galeoto.

COHIBIDO POR LAS DIFICULTADES

III

Sigamos la marcha de los hechos. La intensa novedad dramática del 9 provenía de un peligroso juego político en el cual perdieron la partida el presidente general Estrada y el Ministro de la Gobernación Moncada.

El primero quería que los liberales volvieran al poder en Nicaragua.

Lo prueba su actividad de última hora, su repentina inteligencia con aquellos, el arresto del Ministro de la Guerra y el complot fraguado para deponerlo.

Lo dice claramente en su artículo "La verdad de los hechos" su hermano el general Aurelio Estrada con quien conferenció durante el día y en la noche del lunes 8 de mayo.

También lo hace sentir la contestación que dirigió el presidente Estrada a don Maximiliano Borgen cuando este caballero le escribió una carta en su carácter de ciudadano, censurándole el golpe de Estado.

De 300 a 400 liberales llegaron al interior del Campo de Marte en la citada noche, solicitados por el presidente y enviados por su hermano don Aurelio.

Más no pudieron armarse porque los jefes conservadores que tenían los elementos de guerra se negaron a darles ninguna.

Las órdenes perentorias que dió el presidente al respecto no fueron obedecidas, y con esto su plan se desquició.

Entonces dijo a los liberales que se retiraran.

Habiendo, pues, fracasado en su tentativa, Estrada analiza de pronto su situación, la avalora, la pesa y se encuentra sólo, desarmado, sin apoyo efectivo en el país.

Además, algunos conservadores empezaban a llegar a las murallas del Campo de Marte en actitud bélica al saber la prisión del general Mena y percibirse del peligro que corría su partido.

"Llegaban enardecidos, lanzando gritos de "muera Estrada, muera Moncada" (1), gritos que significaban odio, obstinación, guerra.

Vió para adentro, como dice el autor de "Mentiras Convencionales",

(1)—El general Inocente Moreira niega que hayan llegado en la noche. Dice que lo hicieron después de las 6 de la mañana.

y se encontró en un terreno desierto, sin apoyo ni en la Guardia de Honor, ni en La Loma (2); con la fuerte amenaza de Granada cuyo *fortín* de San Francisco tiene elementos poderosos. Se vió también sin el apoyo de León y encima, como una tempestad, el resentimiento, el despecho de los conservadores por el golpe grave que acababa de asestarles, despecho que subía como ola embravecida, que avanzaba, que llegaría hasta él, que iba a sacudirlo en el recinto de sus propias habitaciones.

¿Qué pasó entonces en el alma del presidente Estrada?

¿Qué dudas se replegaron como fieras enloquecidas en el fondo de su corazón? Por otra parte, ¿qué había logrado con la prisión del general Mena si el ejército permanecía fiel a este según lo demostraba?

Compelido por obra de su mismo destino; mejor dicho, por el impulso de sus propias obras, empezó a pensar en el depósito, a meditar seriamente en su salida del Palacio del mejor modo posible

Acordóse de todo y vió en confuso tropel su historia de ayer. Su levantamiento en Bluefields, sus luchas, sus sacrificios, su triunfo y su caída. Vió a Zelaya que huía y se vió a sí mismo emprender el mismo éxodo.

Todo esto se aglomeró sobre su conciencia, de golpe, sin orden ni tregua, con la urgencia de las circunstancias, y comprendió que debía tomar una resolución definitiva.

Pero esto debía ser pronto, sin dilatorias, sino quería quedar deshecho, aplastado por el movimiento de revolución que se le echaba encima.

Desesperado, atribulado, abandonado en la triste soledad de los hechos, acosado por éstos, dió el paso final y a las cinco de la mañana resignaba el mando en el vicepresidente don Adolfo Díaz (3).

Lo resignaba así, de golpe, como quien se quita una montaña de encima, como quien se ahoga y de pronto respira y vuelve a la vida.

Tal fué, a mi juicio, la psicología del instante que determinó el depósito, instante que lo hizo vivir años.

Así se explica el contraste que resulta, la contradicción, entre lo que Estrada quería antes y lo que hizo después.

Intentó llevar el pabellón rojo al poder; pero las bayonetas conservadoras hicieron cambiar el curso de sus ideas y Estrada aparece dando el decreto siguiente:

"JUAN JOSE ESTRADA, presidente de la República,

A los nicaragüenses:

Habiendo comprendido que mis compañeros de la revolución y del gobierno desean sobre todas las cosas un gobernante de credo conservador, y queriendo cumplir con mi promesa de ser siempre consecuente con los que me ayudaron en la contienda contra Zelaya y Madriz, he resuelto depositar la presidencia de la República en el vicepresidente, señor don Adolfo Díaz, convencido de que con ello volverá la paz a Nicaragua.

Esta declaratoria se ha trascrito en estos mismos momentos a todas las autoridades de la República y a la Asamblea Nacional Constituyente, para que se sirvan prestar a mi sucesor todas las consideraciones y prerrogativas de su alta Magistratura.

JUAN J. ESTRADA

Managua, 9 de mayo de 1911".

LA MANZANA DE LA DISCORDIA

IV

La presidencia ha sido siempre en los países hispanoamericanos la manzana de la discordia. Por ella ha habido guerras, golpes de cuartel, traiciones, perfidias, ventas. Los caudillos militares o políticos se la han disputado: unos por medio de las intrigas, otros por medio de las armas.

Fué y sigue siendo el móvil determinante de altos sucesos en la vida activa de estas repúblicas. La ambición de ella provocó los sucesos del 8 y 9 de mayo. Moncada la quería y quizá sigue queriéndola.

(2)—Puestos militares.

(3)—Moreira y Barbejena aseguran que ellos le insinuaron la idea del depósito.

Cuando se vió con la investidura de Ministro de la Gobernación le entraron fuertes deseos de adquirirla. ¿Por qué nó?

Moncada será loco y rencoroso; todo lo que quieran sus enemigos, pero no es tonto.

Vió en el Ministro Mena una sombra y trató de eliminarla soplando el fuego de la sospecha entre él y el general Estrada. Desaparecido ese brazo fuerte que se alzaba como obstáculo a su ambición, él despejaría la situación más tarde, orillando al vicepresidente Díaz y enseguida al mismo Estrada.

Con la misma arteria y astucia con que atacaba a Mena ante Estrada, atacaría después a Díaz y los haría romper por buenas o por malas.

Separado Díaz del poder, quedaba Moncada frente a frente de Juan Estrada; y como el período de éste era corto, de año y medio, Moncada llegaría pronto, en breve término, según sus cálculos, a ocupar su lugar.

Lo único malo para realizar el pensamiento por este camino, era que a Estrada le pudiera ocurrir el deseo de reelegirse.

Para esta eventualidad es seguro que Moncada tendría ya su plan de ataque con todas las probabilidades de éxito que le darían su posición oficial y su calidad para ese entonces de Ministro omnipotente.

Por eso Moncada empezó a halagar a los liberales y aconsejó a Estrada que los atrajera. A su juicio, eran los elementos propicios que necesitaba para el éxito. Quería subir, escalar la presidencia, sobre los hombros de ellos.

Desde que empezó a publicar sus "Memorias", Moncada venía recomendando hábilmente su propia candidatura. En ellas se presenta como hombre irreprochable, honrado, valiente, virtuoso, desprendido y sabio. Se declaró paladín de la decencia; atacó la inmoralidad, la deformidad, el vicio y la corrupción política. Se manifiesta enamorado ardiente de la libertad y por ella llora, a lágrima viva, a la par de los oprimidos de la tierra, a semejanza de Jeremías al pie de los sauces babilónicos.

En las "Memorias" atacó al general Emiliano Chamorro porque era un gran estorbo a la puerta de su ambición. Y si en ellas no hizo lo mismo con Mena, fué porque tenía éste el poder de las armas y necesitaba de su apoyo para figurar, para crecer y tomar puesto eficaz en el gobierno.

Moncada jugó el papel del diablejo de la tentación rompiendo la concordia de los jefes revolucionarios para poner en obra sus planes que llevaba en cartera.

Nunca he visto yo que un colega de letras intrigara tan fuerte y tan alto como éste. El no ha hecho como nosotros: quedarse rezagado entre los cajistas. Nada, volaba en alas de las "mosquitas negras" como llama Benavente a las letras de imprenta, volaba en alas de su gran ambición al primer puesto de la República cuyos aires empezaban a acariciar, a refrescar su frente enardecida.

Lo malo es que el destino, el "Fatum" de Víctor Hugo, dispuso las cosas de otro modo; y en vez de ofrecerle una corona de gloria, lo empujó violentamente por las espaldas y al caer le hizo un gesto de pillete con la punta de la lengua.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

V

El drama del 8 de mayo se resolvió entre los generales Juan J. Estrada y José María Moncada, iniciadores de la acción, Mena que soportaba las consecuencias, Díaz que veía desarrollarse una irregularidad en el seno del gobierno y unos pocos jefes militares que tomaban parte en pro o en contra del movimiento.

Entre estos últimos citaremos a los señores Aurelio Estrada, Inocente Moreira, Hildebrando Rocha, Antonio Corrales, Víctor M. Moreira, Camilo Barberena y Miguel A. Castillo.

En este laberinto de sucesos, más inextricable que el de Ariadna, porque constantemente sopla el viento de las pasiones, conviene ir con paso mesurado para no equivocarse la ruta. En este propósito, vamos a oír de las personas que en ellos tomaron parte sus mismas palabras, a fijar sus

propias impresiones al respecto, a analizar si es posible su psicología personal.

Cuando Víctor M. Moreira, jefe de la artillería, vió que el general Antonio Corrales había invadido el Campo de Marte con cerca de 400 hombres en la noche del ocho, entre los cuales había personas distinguidas de la capital, volvió contra ellos, o enfiló, las "máximas" que estaban bajo su autoridad y les gritó: — "Atrás, atrás o va plomo! (1)

Hablando de estas cosas, decía el general Inocente Moreira, padre de Víctor, estas palabras:

—Jamás me he encontrado en una situación tan difícil. Y eso que tengo muchos años de lucha. Por un lado estaba la autoridad del Presidente Estrada, a quien debíamos obediencia. Por otro, la conveniencia del país, mi deber de amigo consecuente y leal: la gloria y estabilidad de mi partido. Mi posición era penosa y grave y jamás sabrán estimarla los que me atacan achacándome deslealtad y perfidia.

—Conocía U. algo, le dije, de los planes del presidente Estrada, de su inteligencia con los liberales para eliminar a los conservadores del poder?

—No, no sabía nada. Mucho menos podía estar comprometido en el "complot" para deponer al general Mena. Si lo hubiera estado, ¿quién me habría impedido entregarles las armas en aquella noche? Yo era el Comandante de Armas; tenía en mi poder las llaves de los almacenes de guerra; mejor dicho, la seguridad de todo el Campo de Marte. Si hubiera habido de mi parte el más pequeño compromiso, fácilmente se hubieran armado los liberales y la sangre habría corrido.

—Pero se ha dicho, le interrumpí, que U. no dió ese paso por temor a los conservadores que estaban ya armados desde las 11 de la noche en el corralillo de la Comandancia de Armas.

—Eso es falso, palabra de militar. Los jóvenes, los amigos, no llegaron a la Comandancia hasta las seis de la mañana del 9, cuando ya el general Estrada había depositado la presidencia en don Adolfo Díaz. Es decir, cuando todo el peligro había pasado.

Como a las dos de la mañana, más o menos, y en presencia de las graves dificultades en que nos veíamos, busqué al general Estrada en su habitación donde lo encontré con su esposa y el Ministro Moncada.

—Al verme, dijo: —¿Qué hay?

Entonces expuse el pensamiento que llevaba: era explicarle el motivo porque me negaba a remitirle unos cincuenta rifles que me había pedido con el general Juan de Dios Moreira, después de haberme negado a armar en conjunto a los liberales: Le dije que si los entregaba a éstos habría un rompimiento grave, que debía evitarse, porque hasta él mismo (Estrada) corría peligro de ser asesinado. Allí mismo le insinué la idea del depósito.

El general Estrada, viéndose en aquellas dificultades salió conmigo al corredor del segundo piso de sus habitaciones y les dijo a los primeros grupos: — Salgan, muchachos, salgan. Los liberales después de consultarse en voz baja empezaron a desfilar.

Hizo una pausa, el general Moreira, como para tomar aliento y agregó:

Más tarde, y cuando el coronel Viquez y mi hijo Víctor Manuel, llegaron donde el presidente Estrada a insinuarle el mismo pensamiento del depósito, doña Salvadora, la esposa de aquel, que oía la proposición, se irguió indignada y dijo: — No, Juan, no deposites; no debes depositar. Si has de caer, cae como hombre (2).

¿No ha visto U. la aclaración que publiqué en "El Comercio".

—Sí, señor, y en ella alude U. al ofrecimiento que le hizo a U. el presidente Estrada del Ministerio de la Guerra.

—Justamente, me lo ofreció y le dí las gracias por ello; pero me negué a aceptar; No son esos ofrecimientos los que pueden hacer torcer mi lealtad.

(1) El Coronel Castillo dice que fué él y no Moreira quien apuntó con las máquinas

(2) Esta nota varonil la dió también la señora de Estrada en El Cabo de Guacías, en El Castillo y en Bluefields. En el primero de estos lugares fué herida en un brazo por una descarga de fusilería que le dispararon a su marido que yacía herido en el suelo. En los otros dos lugares se enfrentó a los que lo acometían.

Recuerdo que en el gobierno del general Zavala era yo Comandante de la Guardia de Honor. José Santos Zavala, que es compadre mío, y que entonces ya conspiraba fuerte, me ofreció la presidencia de la República con el apoyo de todo el partido liberal si me sublevaba contra aquel. Mi contestación fué como debía ser, en sentido negativo, severa y fuerte. Más tarde, en tiempos del doctor Sacasa, cuando la revolución de la Barranca, recibí igual excitativa hallándome en el mismo puesto oficial, de parte de don Federico Solórzano y don Francisco Medina, fundador del Banco de Nicaragua.

Medina me dijo que podía traerme a la vista como garantía las firmas de los principales amigos de la revolución, los cuales me apoyarían en caso que me proclamara presidente. Con el señor Solórzano conversé estas palabras: — Yo no puedo aceptar el ofrecimiento que Uds. me hacen porque me lo impide mi deber.

Solórzano me dijo: — Tome U. en cuenta que está de por medio la conveniencia de la patria.

Entonces le repuse: — Don Federico: — por encima de esas conveniencias está el honor del hombre. Yo no hago caso.

A estos hechos recientes puedo agregar otro no menos importante: Me encontraba yo en Amapala en la falanje que comandaba el general Máximo Jerez, el año de 1876. Era presidente de Nicaragua don Pedro Joaquín Chamorro. Los nicaragüenses estábamos organizados y marchamos al interior con los salvadoreños de quienes era jefe general Monterosa y con los hondureños. Apoyábamos todos al Dr. Marco A. Soto que venía de Guatemala a hacerse cargo de la presidencia de Honduras enviado por el general Justo Rufino Barrios. Nuestro propósito después de colocar a Soto era traer la guerra a Nicaragua.

Un señor Gómez era el presidente de Honduras y a este iba a sustituir el doctor Soto. Los falanginos habíamos acampado en Nacaome, cuando una tarde me dijo don Ramón Sarria, compañero de destierro, que fuéramos a visitar al general Ricardo Streber, jefe importante de los hondureños, residente en la localidad.

Llegamos a su casa y Streber nos recibió muy bien. Al rato de conversar, me dijo exabruptamente:

— Coronel Moreira, U. es un jefe prestigiado entre los nicaragüenses. ¿Quiere U. junto con su tropa desconocer al general Jerez? Esto puede hacerse a la hora en que las tropas hondureñas y nicaragüenses hacen ejercicio en la plaza. Si U. lo realiza lo premiaremos con un buen puesto público, por ejemplo, con la Comandancia de Trujillo, o con el que U. escoja. Jerez, continuó Streber, es un hombre iluso, sin plan fijo en sus procedimientos y queremos poner término a sus cosas. — General Streber, le contesté, le doy las gracias por su buena voluntad, pero no puedo aceptar; no haré jamás traición a mi jefe. Pocos momentos después me encaminé a la residencia del general Jerez a quién encontré sentado en una hamaca con el general José Bobadilla. Le cuenta de todo, y después de oírme, dijo estas palabras, con el ceño algo plegado: Voy a entregarles inmediatamente las armas que me han dado. Yo no quiero presidencia ni nada de lo que ellos se imaginan. Yo busco cosas más grandes para mi país y para Centroamérica.

Incontinenti, Jerez ordenó que la falanje entregara las armas al jefe hondureño y que nos dispersáramos.

Para socorrer a los más necesitados solicitó dinero a doña Juana Vela. Recuerdo estas cosas cual si ayer mismo hubieran sucedido, agregó algo enmocionado el general Moreira. El señor Jerez, como de costumbre, vestía un traje sencillo de dril y no perdió aquella gran calma con que resolvía sus asuntos.

Ahora bien, continuó, si el halago de la presidencia, cuando yo era joven, no torció mi voluntad, ¿podría lograrlo el ofrecimiento de un simple Ministerio?

Ya estoy viejo, agregó, después de un momento de reflexión, y no tengo más ambición en mi vida que la de vivir en paz con mis hijos.

Y se quedó viendo paternalmente a sus dos hijas Chepita y Esmeralda, ante quienes conversábamos en un saloncito de su casa en el cual brillaban dos lunas venecianas y se destacaban sobre las paredes cuadros y paisajes de buen gusto.

Ya para despedirme, me dijeron ellas:

—Si nuestro padre hubiera estado de acuerdo con Estrada en el paso que iba a dar ¿cree U. que hubiéramos recibido con el afecto con que lo hicimos en la noche del 8 a Hildebrando Rocha, Alejandro Cárdenas y Benjamín Vargas, cuando vinieron a golpear precipitadamente nuestra puerta como a la 1 de esa noche? Estaban alarmadísimos, casi abatidos, no sabían que hacer y nosotros les franqueamos el teléfono para comunicar con nuestro papá. Cuando yo tenía el escuchador, dijo Esmeralda, oí la voz del Ministro Moncada que decía que ya salía el tren de Nagarote y ordenaba que se desplegara la policía en la Estación y otras cosas similares. Llamé a Rocha y le dije: — Venga pronto: — oiga que interesa. Rocha invitó a Cárdenas que tomara el escuchador y enseguida éste nos comunicó lo que alcanzó a oír.

Inmediatamente, Rocha, Cárdenas y Vargas, se pusieron en marcha diciendo:

—Vamos a salvar a Mena: nuestro puesto está allí: debemos morir con él.

Y se alejaron rápidamente en medio de la obscuridad.

Moreira tiene 67 años: de cuerpo alto y fisonomía bondadosa. Su hablar es calmoso. No es hombre de lecturas, pero es de sentido recto.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

VI

En el salón aristocrático, con rinconeras elegantes y sutiles cortinas de encaje, me decía el coronel Camilo Barberena:

—Mis enemigos me han atacado injustamente. Yo nada sabía de las combinaciones políticas del general Estrada. Vine de Masaya a la capital el domingo 7 de mayo llamado por el general Mena. Los sucesos del 8 me sorprendieron en el "Variedades" donde se representaba "El Loco Dios". El movimiento de la policía y cierto aire de misterio y cautela que observé en ella, me obligaron a preguntar, a investigar, y supe, con sorpresa, que había sido arrestado el Director de Policía don Pedro P. Muñoz. Después algunos amigos conservadores me decían que algo grave ocurría en el gobierno y que se susurraba la prisión del general Mena. Salí del teatro, fui al cuartel de policía y efectivamente encontré arrestados al señor Muñoz y a dos hijos de él.

—Y por qué dijo la prensa que en la noche del 8 y en la mañana del 9 había estado U. como artillero con dos "maxims" apuntando sobre los conservadores.

—Fué un malicioso error de información. Yo no tuve más participación en esos hechos que los que puede tener un amigo sincero y leal del partido conservador, amigo que procuraba la conciliación de las dificultades y el desbaratamiento de los planes del general Estrada para que no llegaran al poder los liberales. Después que viví en Managua hace algunos años con una tienda de comercio, me trasladé a la Costa Atlántica, cuando Zelaya empezaba a perseguirme. Allá estuve mucho tiempo, y así que se inició la revolución (ésto lo saben mis compañeros de armas) como acto primo de mi adhesión a ella, me posesioné de los puestos militares de Tunky, Limón y San Pedro, bajando enseguida a Bluefields con una cantidad de gente armada. Desde el primer momento me alisté con entusiasmo en sus filas para hacer la guerra porque no estaba de acuerdo con la política de aquel gobernante.

—Y tenía U. mando activo en el ejército?

—No, yo era subordinado al principio; obedecía órdenes. Algunos meses después y una vez apreciados mis servicios, me pusieron un pelotón de ejército a mis órdenes. Soy artillero y en algunos combates manejaba las máquinas. Debe creer U. que he expuesto mi vida en más de 32 acciones por la causa conservadora. He peleado mucho, siempre con gusto, con entusiasmo. Le refiero estas cosas no por vanidad sino para que vea U. claramente que un hombre que ha jugado su vida tantas veces por ese partido, no podía aceptar un plan o combinación que trajera como consecuencia el predominio político de los liberales, que son nuestros antagonistas.

—De suerte que no estuvo en el Campo de Marte en la noche del 8?

—Sí, señor, estuve. No podía dejar de llegar. Mi deber de amigo me empujaba allá. Cuando llegué a mi habitación, después de salir del teatro, encontré allí al doctor don Alfonso Solórzano quien me dijo muy alarmado que algo grave ocurría, pues los liberales se estaban reuniendo en bastante número en casa del general Aurelio Estrada y que yo estaba obligado a ir al Campo de Marte.

—Pronto, amigo mío, decía, pronto, váyase U.!

Inmediatamente me dirigí allá, y, en efecto, lo encontré lleno de liberales en número de cuatrocientos a quinientos hombres. Al verlos, me alarmé muchísimo; temí por mi partido; pero no me desanimé y procuré hablar con el presidente. No fué esto tan fácil porque costaba mucho abrirse paso entre aquella masa compacta de hombres.

—Sabía U. ya entonces el motivo de aquel movimiento?

—Rápidamente y tan luego llegué, me enteré de él. Con mucho trabajo subí la escala, llena de gente, y penetré hasta el presidente que estaba acompañado de su esposa y del Ministro Moncada. Rompiendo con todo miramiento y etiqueta, pues como revolucionario me creí con derecho a dar mi opinión, le hice presente las complicaciones que iba a acarrear el paso que estaba dando y los peligros que ofrecía. El presidente me oyó con atención y después de esto lo ví quedarse perplejo, vacilante.

Hizo el coronel Barberena una pausa detenida como quien mira con fijeza en sus recuerdos y luego continuó:

—Pocos momentos después se supo que la guardia de la Comandancia de Armas quería insubordinarse por la separación del coronel Viquez; y entonces, dirigiéndonos el Ministro Moncada y yo a la Comandancia, nos convencimos de la verdad de esta noticia, la cual confirmamos al presidente.

—Pero bien, tuvo U. esa noche una o varias piezas de artillería a sus órdenes, según dijo la prensa?

—No señor; ni en esa noche ni en el día 9. Yo no tenía mando militar en el Campo Marie. En esa ocasión simplemente era Jefe Político y Comandante de Armas de Masaya, de donde vine, como expuse a U., llamado por el general Mena. Hecha esta explicación, permítame continuar.

En presencia de aquel grave conflicto, dijo el coronel Barberena, tuve una inspiración repentina: pensé en avisar lo que pasaba a don Adolfo Díaz y lo busqué inmediatamente en su casa. A mi juicio, era el llamado a influir en el ánimo del presidente Estrada para hacerlo desistir de sus propósitos. Afortunadamente, encontré al señor Díaz en ella y en breves palabras le comuniqué lo que ocurría, lo mismo que la prisión del general Mena. Sí, me contestó, acabo de verlo arrestar en la estación. Yo venía con él de Corinto. Y sin perder tiempo nos dirigimos al Campo de Marte.

—Y luego?

—Tan pronto llegamos, Díaz habló a solas con Estrada. Fué una conversación animada, larga, y en el movimiento de ellos se transparentaba el capital interés que ella tenía. Yo seguía con la vista el semblante de ambos, las impresiones de aquella interesante discusión en voz baja; procurando adivinar su resultado; hasta que al fin Díaz logró disuadir a Estrada de sus propósitos. En consecuencia, resolvieron ir a hablar con don Tomás Martínez a cuya casa se dirigieron a pie acompañados de un ayudante.

—Y que hizo U. entonces, coronel?

—Me quedé unos momentos en el campo esperando un carruaje que enganchaban en el cual los seguí inmediatamente. Les dí alcance en la calle, frente a la botica del doctor Nóbili y subieron ellos. Allí, en el fondo de ese carruaje, en la intimidad digarnos, le insinué al presidente la necesidad de depositar el mando en el señor Díaz para conjurar el peligro.

A Díaz seguramente le mortificó que yo hiciera a quemarropa aquella proposición, porque repuso inmediatamente: Yo no quiero nada de esas cosas y solo deseo que se salve el país y se eviten complicaciones y desgracias.

Después de larga meditación, Estrada dijo:

“Sí, depositaré; voy a hacerlo en U. don Adolfo”.

Y hubo un gran espacio de silencio entre nosotros mientras el carruaje rodaba a casa del señor Martínez.

Barberena continuó al cabo de corto silencio:

—Cuando Estrada dijo esas palabras me alegré en lo íntimo del alma. Juzgué salvado al partido conservador que era todo mi afán y mi deseo.

—Y pudiera decir U. cual era el objeto que los llevaba a casa de don Tomás Martínez?

—Querían Estrada y Díaz, como correligionarios, ponerlo al tanto de lo que había sucedido, de la necesidad de convocar a los amigos principales del partido para conferenciar y resolver lo que debía hacerse.

Serían las tres y media de la madrugada cuando llegamos, y después de conversar con Martínez unos pocos minutos nos dirigimos a casa del doctor Carlos Cuadra Pasos en donde yo me quedé, porque me sentía fatigado y con necesidad de retirarme a casa a descansar. Por este motivo no pude presenciar el acto en que el general Estrada dió a reconocer al señor Díaz como presidente de la República ante los puestos militares del Campo.

Cuando yo me quedé, ocupó mi lugar en el carruaje el doctor Cuadra Pasos quien acompañó a Estrada y a Díaz en su regreso a la mansión presidencial.

Allí tiene U. de manifiesto mi conducta en esa noche. Lo demás lo he explicado en "La Tarde".

Y se quedó viendo el joven militar con su mirada inteligente. Vestía traje elegante y en su corbatín de seda tulguraba un alfiler de oro cuajado de perlas y brillantes.

Es un mozo de veintinueve años, resuelto y fuerte.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

VII

MIGUEL A. CASTILLO

Estatura mediana, cuerpo lleno, color blanco, boca pequeña, nariz algo corta. Trato afable y cortés, tal el joven coronel, segundo jefe de la Comandancia de Armas de la capital.

Lo visité en su despacho, dentro de las murallas del Campo de Marte. Al saber mi propósito, contestó:

Con placer daré a U. los datos que quiera.

Y juzgando su relato de gran interés, le cedí la palabra y tomé el lápiz.

He aquí lo que dice:

Como a las 7 de la noche del 8 de mayo empecé a sospechar que algo grave se tramaba en el Campo de Marte por las disposiciones que tomaban el Comandante de Armas general Moreira y el Coronel Víctor, del propio apellido, jefe de la artillería.

Esas disposiciones consistían en haber retirado de los puestos a la mayor parte de la tropa que estaba de alta, dejando apenas ocho números en la puerta de la Comandancia y cuatro en los demás puntos de guardia.

En vista de estas irregularidades, me propuse observar y estar alerta. Ya avanzada la noche y creciendo mis temores, por las continuas idas y venidas del general Moreira y de Víctor al despacho del presidente, fui a rondar los retenes y tuve el acuerdo de prevenirles que durante esa noche no debían obedecer más órdenes que las mías.

¿Cuál era su empleo militar, le interrumpí?

Estaba de primer jefe del Estado Mayor. La tropa, advertida del peligro, obedeció mi consigna. Cuando volví, encontré la novedad de que Víctor Manuel había despojado de sus armas y reducido a prisión al coronel Salvador Noguera, hermano del general Mena y segundo jefe del fortín de La Loma y lo encerró en el cuarto del Mayor de Plaza coronel Víquez.

Entonces me convencí de lo que había sospechado, del peligro que corríamos, y resolví, de modo franco, disputarles la partida, a pesar de mi juventud y de mi posición de subalterno.

¿Cuántos años tiene U.?

—Diecinueve. Tomé seis hombres resueltos, los armé de yataganes y a la cabeza de ellos fui a poner en libertad a Noguera a quien dí sus armas e incorporé nuevamente al servicio.

Como jefe militar con jurisdicción, preparé las piezas, de acuerdo con los compañeros de armas que las custodiaban y me apercibí para cualquier ataque.

En esta expectativa y como a las doce de la noche, el general Estrada nos dió a conocer al general Moreira como Ministro de la Guerra. El primer acto de éste en su nuevo empleo fue ordenar en el portón principal del Campo se permitiera entrar una "reclutita" que llegaba de la policía.

La "reclutita" eran los liberales que llegaron de la una a las dos de la madrugada en número de cuatrocientos hombres, más o menos.

—Y como supo U. o averiguó enmedio de la oscuridad que la columna que llegaba no era una verdadera "recluta" en el sentido que en Nicaragua se da a esta palabra?

—Porque al débil resplandor de las luces del Campo ví mucha gente de saco y conocí a varias personas distinguidas. Entonces ya no pude dudar. Si los liberales llegan en mangas de camisa y con sombrero de palma, como acostumbra vestirse nuestras montoneras, talvez hubiéramos sufrido un engaño grave.

Casi en estos momentos supe que el plan de Víctor Manuel, concertado con Moncada, era abrir el portón de la retaguardia de la Comandancia para por allí entraran a atacarnos; que a mí me debían entregar a Manuel Montoya que estaba entre las filas enemigas para que éste dispusiera de mi vida.

Al saber estos detalles, coloqué, apresuradamente, el sargento Gregorio Guzmán en dicho portón con su rifle cargado y le dí orden de tirar a Víctor Manuel si se acercaba por allí.

Mientras tanto, los liberales que permanecían en acecho en la oscuridad hicieron un movimiento para lanzarse sobre la Comandancia con el fin de apoderarse de las armas.

Con los comandantes de pieza Pío Alemán, Carlos Barahona y Tobias Rosales, enfilamos las máquinas. Al hacerlo, Alemán y Rosales les gritaron: —¡Atrás, atrás o va plomo!

Estábamos resueltos a morir antes que entregar las armas.

Sorprendidos los liberales por aquel recibimiento, se replegaron gradualmente en dirección a las oficinas de la presidencia.

Las cuatro piezas principales que estaban bajo mi dirección tenían esta puntería: un cañón apuntaba sobre la mansión presidencial y tres "maxims" sobre el grupo.

Nuestro propósito era hacer fuego sobre esos puntos tan luego nos atacaran y viéramos consumado el plan de Estrada y Moncada de entregar el poder, burlando a los conservadores.

Supe también que el general Corrales era el jefe de la columna enemiga, y grité varias veces en la oscuridad estas palabras:

Echenme a Corrales, échenme a Corrales; quiero hacerlo pedazos. Palabras que se me escaparon en aquellos terribles momentos de excitación.

Tuve noticia de la prisión del General Mena como a las dos de la mañana. Ya puede U. imaginarse cómo se puso el ánimo de la tropa en contra de esa medida y se robusteció mi resolución de jugar el todo por el todo.

Fué aquello casi un desafío a muerte, silencioso, enmedio de las tinieblas, y para el partido conservador en el poder, alcanzó el peligro su grado máximo como a las 2 y media de la mañana. Casi llegaron los liberales, pudiera así decirse, a tocar con las manos los elementos de guerra. Ya es de suponerse lo que hubiera sucedido si logran su intento.

Así que fracasó el plan, el presidente les ordenó que se retiraran y lo hicieron coléricamente. A pesar de haberse marchado, no me descuidé: estuve más vigilante pues había tenido la denuncia que me atacarían al amanecer, cosa que no sucedió.

¿A qué hora hizo el depósito el general Estrada, y cuál sería el motivo?

—El motivo es de imaginárselo, contestó el señor Castillo, con cier-

to aire de ironía, por el fracaso. Y tomó esta determinación después que aquellos se alejaron.

El señor Estrada llegó a la Comandancia como a las cinco y media de la mañana, acompañado del señor Díaz, y dió a reconocer a éste como presidente de la República, tanto al coronel Víquez como a mí, y en los demás puestos de guardia.

Se me olvidaba decir que antes de esa hora, a eso de las cuatro de la mañana, el señor Víquez había bajado del fortín de La Loma y conferenciado conmigo. Al ponerlo al tanto de lo que sucedía y manifestarle los temores de un ataque probable, me aseguró que regresaría inmediatamente a La Loma para ayudarme, caso de peligro, con los fuegos de la artillería y la infantería.

Quiero hacer referencia a un compañero valeroso que me prestó auxilio eficaz en la disciplina del ejército. Me refiero al joven militar Cándido Mayorga, inspector de piezas, y cuya actividad y decisión fueron muy útiles.

Pero observo un vacío en su relato. ¿Dónde colocó el señor Moreira la tropa que retiraba de los puestos militares?

Reuní toda esa gente y la remitió a la fortaleza de La Loma puesto militar que estaba a disposición del general Estrada, según sus cálculos.

—Recibió U. algún auxilio del exterior, quién se lo dió?

En la noche y pocos minutos después de haberse marchado los liberales, llegaron de la ciudad en mi auxilio el coronel Cristóbal Solano con los señores Arturo Cuadra y Jacobo Moreira. El nueve, por la mañana, lo hizo el general Jersán Saenz con una columna de conservadores. Con este refuerzo nos sentimos más fuertes.

Eran las 11 y 30 minutos cuando me despedí del coronel Castillo.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

VIII

BARTOLOME VIQUEZ

El actual Comandante de Armas de la capital era Mayor de Plaza el día que se verificaron los acontecimientos que historiamos. Víquez es militar de la revolución, peleó en Tisma, su cuna, a las órdenes del General Emiliano Chamorro.

Para proteger la retirada del ejército que le quedaba a Chamorro, ordenó al Coronel Rodríguez que atacara al General Asisclo Ramírez en Tipitapa, en la madrugada del día siguiente al de la batalla. De esa columna era segundo jefe el General Víquez. Empeñado el combate en aquella vida, muere Rodríguez. Entonces Víquez asumió el mando en jefe.

Deshecha la columna, Víquez cayó prisionero.

Llegué a su despacho cuando un reloj de pared señalaba las cuatro, en una tarde cálida, con cielo nublado.

Es una habitación estrecha con las paredes pintadas de verde. Afuera, en los corredores, las piezas de artillería, la guardia las centinelas que otean sobre el cerrado porción de varillas de hierro.

Un abogado decía a unos escribientes, en la mesa del fondo brilla un aparato telefónico. Al lado de este aparato, un joven como de 25 años escribe en actitud meditativa, es el General Víquez que combina el santo y seña de la noche, llave de oro de la fortaleza.

Después de esperar largo rato, durante el cual me entretenía en observar un foco de luz eléctrica en cuyo alambre cabalgaba alegremente una apretada nube de moscas, cual locas energías que se disputan un puesto, el señor Víquez me dijo que podía aproximarme.

Hice personalmente mi presentación y en pocas frases le manifesté mi objeto. Temía que se negara a mis deseos porque le había observado cierto gesto de desagrado durante mi espera, no sé si por mi presencia o por alguna contrariedad en el servicio.

No fué así, sin embargo.

—Bien, señor, con placer; pero ahora no puedo. Si U. me hace favor de volver mañana entre una y dos de la tarde, con gusto hablaremos.

Es mi hora más libre. Aunque a la verdad, lo que yo diga casi será lo mismo que ha dicho el Coronel Castillo. Supongo que U. lo habrá visto.

—Sí, lo he visto.

Y el General se puso a examinar con detenimiento los temas que yo llevaba consignados en unas cuartillas para la mayor fijeza de la "interview".

Viquez se afeita el bigote. Tiene dientes apretados y finos por donde silba la frase. Es gordo y blanco. Parece un hombre impulsivo y resuelto. Es hijo del pueblo, con cara seria. Al tratarlo, sus maneras resultan sencillas. Yo soy natural de Tisma y mi infancia la pasé unas veces en la Costa Atlántica y otras en Managua, me decía.

Devolviómelo las cuartillas y quedamos convenidos para el próximo día. No faltará, general, no faltará.

¿Se espontáneo? ¿Habló?

Un poco de calma.

El día siguiente, el de la cita, fué día nublado para mí. Por ser puntal a ella salí de casa bajo un aguacero a buscar un carruaje de alquiler. Caminaba por una de las aceras del mercado nuevo cuando se me echó encima como fiera un perro grande, plumizo, al que sujetaba con una cuerda una mujer del pueblo. Le metí las manos pero con esto no impedí que me diera un fuerte golpe en el estómago y me echara a perder el traje.

¿Lo mordió — señor, lo mordió? preguntó la mujer.

—No; pero como si me mordiera — Ah! dijo ella, al pobrecito me lo han envenenado. Esas manchas que se ven a U. son producidas por la grasa que le han dado, que va echando por el hocico: pobrecito!

El perro había caído rigidamente sobre la acera con un fuerte paroxismo.

Tomé el carruaje, regresé a casa, mudé traje y volví a buscar al General Viquez.

—Atrás, atrás, gritó la centinela de la torrecilla que defiende la Comandancia cuando el carruaje llegó al pie de la muralla. Es prohibido pasar en coche.

Hube de apearse y me dirigí al portón de dicha oficina. Después de algunos requisitos y vacilaciones franqueáronme la entrada y esperé en el corredor. Vuelvo los ojos al fondo y veo a un artillero que abre y cierra la recámara de un hermoso cañón revólver de bronce que tenía la puntería en mi dirección.

—Oficial, dije a un militar que estaba a un lado: ¿tiene carga por ventura ese cañón?

Me miró con curiosidad y contestó displicente: — ¡Claro: ¡está bien cargado.

Entonces, pensé viendo al artillero: Si a ese mister se le va el tiro, como se dice en la jerga de los cuarteles, no quedo aquí ni para contar el cuento. Juan de Dios Uribe llamaba a las balas, en su lenguaje pintoresco de rebelde, sagradas bellofas de la libertad. Diablos con un bellotazo de ese cañón revólver. Y todo esto, y lo del perro, me sucede por andar tras los militares buscando datos para mi libro. Esto de seguir a estos señores de espada ofrece dificultades y peligros. Claro que sí! ¿Por qué se hará esperar tanto el General Viquez?

Vino a coriar bruscamente mi reflexión un empleado de la oficina de corbatín verde, quien abriendo violentamente una mampara salió y dijo:

—Don Francisco: el General Viquez no está aquí: se encuentra en el despacho del señor presidente. Manifestó al salir que así se le dijera a U.

Y nada más? ¿No dijo él cuándo podía volver yo para el objeto que conoce?

—No, no lo dijo.

Me sentí contrariado y dispuse marcharme. El empleado me observaba con cierto aire socarrón, entre irónico y compasivo. Probablemente porque vió que el jefe no me había concedido la entrevista.

Me despedí. La lluvia había cesado y el artillero del cañón revólver había desaparecido.

Es lástima, pensé, no poder oír la palabra del señor Viquez; debe saber muchas cosas, debe saber muchas.

Las calles estaban inundadas y el agua se precipitaba en las zanjas y sobre las rampas de piedra con rumor sonoro como de canto, como de trueno.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

IX

Caía el sol perpendicularmente cuando franquéé los umbrales de la habitación del General Aurelio Estrada.

Es una sala modesta, estilo español, con ladrillo de barro cocido. El General vigilaba la reparación que hacían unos mecánicos en una caja vertical automática de música. Es alto, corpulento y fuerte. Su mirada vivaz y rápida. Usa el pelo al rape.

Al saludarlo, me tendió su ancha mano y nos sentamos alrededor de una mesa redonda con carpeta de paño rojo.

General, le dije, escribo actualmente apuntes históricos relativos al movimiento político del 8, que publicaré en un libro. Son apuntes imparciales, sin otro interés que el de la verdad. Como U. tuvo participación en él, desearía obtener algunas notas personales suyas. ¿Podría darme U. más detalles de los consignados en su artículo "La verdad de los hechos" publicado en "El Comercio"?

Lo que allí expuse, me contestó, después de un momento de reflexión, es la expresión cierta de lo ocurrido entre mi hermano Juan y yo antes y durante los sucesos del 8. No hay exageración, es una historia neta y clara de las cosas. Yo no trato de hacer daño a nadie. Soy franco y digo la verdad. Juan es mi hermano y si cuando me llamó para que le ayudara con mis amigos, me hubiera dicho (pongamos por ejemplo) que me quedara porque corría peligro su vida, con gusto lo hubiera hecho y en caso dado lo habría defendido personalmente.

Después de largo rato de silencio durante el cual miraba una obra de literatura que estaba sobre la mesa, continuó:

—A Juan lo engañaron: le faltaron a la palabra: por eso fracasó. Es grande la corrupción política. Yo no quisiera hablar de ella: me repugna. Estoy resuelto a no meterme más en nada de lo que se refiere a los asuntos públicos. Vivo de mi trabajo. Siempre he vivido así: esta costumbre la tengo desde niño.

—Y es cierto que U. tuvo autoridad de padre sobre sus hermanos José Dolores, Juan e Ireneo?

—Hasta ese punto no, pero les presté mi apoyo en su infancia. Muy niños quedamos huérfanos de padre. Mi madre era muy pobre y yo, que soy el mayor de los varones, apenas contaba once años. Me dediqué a ayudarle para sostener la familia y trabajaba como peón con la caba y la pala componiendo el trayecto entre Managua y Masaya por donde corría la diligencia. Ganaba cincuenta centavos al día que entregaba religiosamente a mi madre. Así en la rudeza del trabajo, pasaron los años de mi niñez. Trabajé en el muelle de Managua acarreado sobre mis hombros la madera de sus chiqueros. Después aprendí el oficio de la carpintería bajo la dirección de un norteamericano, Mr. Simpson, y sentí entonces un gran alivio porque el jornal aumentó. Cuando Juan e Ireneo crecieron, les enseñé el mismo oficio: José Dolores se dedicó a la albañilería.

—Pero en qué colegio estudiaron ustedes después?

—Colegio, exclamó el General con alguna amargura. Colegio! Nosotros no estuvimos jamás en ninguno. No tuvimos dinero con qué pagarlo...

A mí me enseñó mi padre los rudimentos de aritmética. José Dolores, Juan e Ireneo, estudiaron primaria con el maestro Gabriel Morales, de quien también fui discípulo. Eso es todo. Por lo demás, lo poco que sabemos lo debemos a nuestro esfuerzo personal. José Dolores y Juan, que han sido Presidentes, han leído bastante. Yo tengo la misma pasión. La lectura me encanta: leo y leo siempre y busco con afán las obras de literatura más raras, por costosas que sean. Como raras en Ni-

caragua puedo citar "Geometría Moral" por Montalvo y el "Evangelio y el Syllabus" por Montúfar, que guardo con cariño.

¿Y que obra lee Ud. actualmente?

—"El Visitador" — de José Milla.

—Hermosa literatura!

—Sí, sobre todo, sana. Pepe Milla tiene intención picarezca, pero no ofende la moral.

—Justamente, así es. Aunque pertenece a la vieja escuela, sus obras despiertan interés. Es fecundo, espontáneo y de sana erudición.

Y creyendo terminada mi visita hice ademán de retirarme.

El General — Antes de retirarse quiero facilitar a U. para que la lea una obra nueva, nuevecita, con el olor de las prensas. Una obra de José Brisso: "La Revolución Portuguesa" Yo soy liberal, no puedo dejar de serlo, y sigo con interés todo movimiento de libertad.

Se dirigió a un anaquel y trajo la obra. Antes de entregármela se puso a hojearla y me mostró el retrato de Guerra Junqueiro, el "insigne poeta, alma de la revolución" — y del Doctor Teófilo Braga, Presidente de la República, nacido el año de 1843. Braga, el sabio Braga, que de cajista, llegó a Doctor y después a la primera magistratura de su país, autor afortunado de "Tempestades Sonoras" y "Visión de otros tiempos".

Viendo ambos a este último, le dije:

—Debe ser un hombre de talento, a juzgar por el desarrollo del cerebro y tiene rasgos de la raza mongólica, figese Ud. en el bigote ralo y caído, ojos oblicuos.

Ciertamente, tiene esos rasgos. Ojalá pueda afianzar la República sobre bases fuertes. Es tan difícil el gobierno de los pueblos, dijo el General, como hablando consigo mismo, tan difícil. La principal dificultad consiste en no poder satisfacer, como se quisiera, a todos los amigos de una situación o de un movimiento político.

—Y a propósito de la frase, le gusta a U. la política?

—A mí, dijo con viveza, a mí, jamás me ha gustado. Digo, la política de engaños que hacemos aquí. Yo soy hombre recto y claro y no sirvo para el caso.

Y quedóse viendo con distracción el libro de literatura que tenía sobre la mesa de la carpeta roja.

A RAIZ DE LOS SUCEOS

X

El artículo a que alude mi interview con el general Aurelio Estrada fué publicado en el número 4349 de "El Comercio". Dice:

Como se ha interpretado de manera torcida la concurrencia de los liberales de Managua al Campo de Marte la noche de los últimos sucesos que todo el país conoce, creo de mi deber explicar lo ocurrido, en la confianza de que mis palabras merecerán crédito, sabiendo, como se sabe, que yo acostumbro decir siempre la verdad.

El lunes en la mañana recibí invitación de mi hermano El Presidente de la República para concurrir a una cita que se verificaría a las 12 m. Yo llegué puntualmente a la hora indicada, y al juntarnos tuve con él la siguiente conversación que trascibo en forma de diálogo para mejor inteligencia del lector.

—Presidente — Ha llegado para mí el momento crítico. Tengo en mis manos los hilos de una conspiración del General Mena contra el Gobierno, y antes de que él me marre, prefiero deponerlo del Ministerio. Quiero que tú me ayudes.

—Estrada — Bueno, soy tu hermano, ¿qué quieres de mí?

—Presidente — Pues necesito algunos de tus buenos muchachos para oponerlos en caso de resistencia.

—Estrada — ¿Y este paso trascendental que vas a dar lo has consultado con el Ministro americano?

—Presidente — Si, y lo aprueba.

—Estrada — Y el Ministerio ¿qué dice de esto?

—Presidente — Todos los Ministros están de acuerdo conmigo.

—Estrada — Y la organización militar en el Campo de Marte y en la Loma ¿cómo se encuentra?

—Presidente — Todo está arreglado con el General Moreira, quien será el Ministro de la Guerra que repondrá a Mena. Tú no tienes más que alistarme la gente que yo te pida en el momento oportuno.

Con esto nos despedimos y yo procedí a hacer lo que había prometido.

A las 11 de la noche fui llamado por teléfono, y al tomar el aparato me dijo el Presidente:

—Hablas con Juan. Estoy listo, mándame la gente.

Entonces yo hice llamar a mis amigos y los envié por pelotones al Campo, quienes fueron recibidos y mandados a equipar; pero al querer hacerlo los rechazaron violentamente Moreira y los suyos.

Cuando tuve noticia de lo ocurrido pregunté a mi hermano qué sucedía y él me contestó:

He ordenado que salga la gente y que cada uno se vaya para su casa.

En vista de esto dispersé a mis amigos a las tres de la mañana.

Expuesto lo anterior, hago presente a los hombres que mandan, que el responsable de la pequeña participación que tomaron los liberales en los sucesos de la noche del lunes, soy yo únicamente por los motivos expuestos y que, por lo mismo, acepto las consecuencias de mis procedimientos.

En cuanto a los bochinchos ocurridos al día siguiente en las calles y en la Penitenciaría, ninguna intervención hubo de mi parte y los conceptúo como hechos aislados de que el partido liberal no es responsable.

AURELIO ESTRADA

Managua, 11 de mayo de 1911.

EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA

XI

Me anunció un empleado y al rato y después del "Pase Ud. adelante" me encontré en el Despacho del señor Subsecretario de la Guerra Coronel Hildebrando Rocha. Es una oficina decente, sin lujo, con dos escritorios: uno para el Ministro y otro para el Subsecretario. El General Mena no estaba allí.

A los lados hay butacas amarillas para la audiencia. Cuando entré, el Subsecretario hablaba en voz baja con el redactor de "La Tarde".

Así que éste se hubo marchado, le expuse mi pensamiento: Un asunto personal, señor Subsecretario, de pocos minutos. Recojo datos para un libro que publicaré con ocasión de los últimos acontecimientos políticos de los cuales U. tiene conocimiento.

Sí, señor, U. dirá:

El señor Rocha es un hombre delgado, casi flaco, de perfiles enérgicos. Sus ojos son verdes con brillo metálico: su palabra, seca y breve. Se dice que es fácilmente irascible.

—He visto en "El Comercio" la relación que hace U. de su precipitado viaje a Granada en la célebre noche del 8 de mayo, ¿son ciertos todos los hechos que se refieren? ¿Tiene U. algo que agregar?

—Esa relación es exacta. Nada tengo que agregar y poca cosa que rectificar. Por ejemplo en lo que dice al lugar o punto donde yo tomé la bestia para marchar. No fué en casa del Doctor Leopoldo Rosales sino en la de don Leopoldo Pasos. Después salí del teatro, me encaminé a Palacio y ordené al Comandante que reuniera su fuerza. Este no tenía más que cinco soldados: tres enfermos y dos buenos. Preguntada la causa, dijo que la fuerza había sido reconcentrada al Campo de Marte de orden del General Estrada. El palacio, pues, estaba casi abandonado.

—Y en casa del General Moreira, Comandante de Armas, estuvo U. esa misma noche?

—Sí, con la familia. Hablé con las hijas de él y por medio de su teléfono me comuniqué con el Coronel Víctor Moreira que estaba empleado en el Campo de Marte. Cuando le pregunté si había alguna novedad, Moreira me contestó que no había ninguna.

—En el relato aludido no hace U. referencia al pensamiento que hubo en Granada de reunir el Congreso para deponer al General Estrada.

—Un olvido, pero fué iniciativa mía, secundada por algunos amigos. Teníamos mayoría de diputados llamados con urgencia de Chontales, Rivas y Jinotepe. Si no siguió adelante el Congreso fué por el oportuno telegrama de Estrada avisando que había depositado el poder en don Adolfo Díaz. Nuestro propósito era hacer uso de las armas, pelear sin demora.

Y no teniendo más que explicar, guardó silencio de pronto.

Le dí las gracias y me retiré, en momentos en que un muchacho gritaba a pulmón lleno en la calle:

—“El Comercio” a dos reales! ¡Grandes e importantes noticias ¡El Comercio!” ¡El Comer. . . cio!

EL SUBSECRETARIO ROCHA, Y LOS REPORTERS

UN JINETE CABALGANDO EN LAS TINIEBLAS

XII

Un paladín de la información dice con fecha
12 de mayo lo siguiente;

Largamente conversamos ayer con el Coronel Hildebrando Rocha, Subsecretario de la Guerra, cuya actuación en los últimos sucesos nos refirió así:

—Poco antes de las 12 de la noche del lunes me retiré del Teatro, al saber que el Director de Policía, Cnel. Muñoz, acaba de ser reducido a prisión, e inmediatamente me dí cuenta de lo que pasaba, tanto más que ya estaba en antecedentes.

Supe que se disponían a capturar al General Mena, y comprendí que era urgente una determinación. Dí los pasos necesarios para marcharme a Granada; el joven Lisímaco Lacayo hijo me facilitó una excelente bestia y a las 4 de la mañana montaba en casa del Doctor Leopoldo Rosales.

En momentos en que iba a partir, llegó un joven, cuyo nombre ignoro, y me dió cuenta de lo que pasaba en el Campo de Marte; que Miguel Angel Castillo se negaba a entregar las armas al General Estrada y otros datos igualmente importantes.

Entonces le dije que se fuera al Campo y que le manifestara a Castillo que permaneciera firme en su puesto, pues, a medio día estaríamos atacando la capital con fuerzas de Granada.

A las seis y cuarto de la mañana llegaba a la Estación de Masaya; allí estaba una locomotora que se disponía a salir para Managua por órdenes superiores; manifesté al segundo jefe de Estación que esa locomotora no salía; me contestó que obedecía a su jefe inmediato y habló con él por teléfono; pero yo le hice presente que no mandaba allí el Superintendente sino yo, y acto continuo mandé orden al Comandante de Armas de Masaya, Coronel Cristóbal Argüello, para que ocupara la Estación militarmente y no dejara salir para la capital ninguna locomotora.

Continué para Granada sobre el Trayecto, y al llegar a las inmediaciones de esa ciudad ví que venía detrás una locomotora. Me aparté del trayecto para no ser visto, y poco rato después llegaba al fuerte de San Francisco, y mandé tocar generala, respondiendo al llamamiento todos los conservadores de aquella ciudad, con raras excepciones.

Supe enseguida que el tren que había llegado poco antes había conducido al Doctor Carlos Cuadra Pasos, quien me citó para una conferencia en el local de la Comandancia de Armas. Concurrí a ella, acompañado del Doctor Joaquín Gómez y del Comandante de Armas, Fulgencio Montiel.

Me manifestó el Doctor Cuadra Pasos que decía el Presidente Estrada que, para evitar derramamiento de sangre se entregarán las armas de la plaza al General Luis Correa.

Le contesté que mientras no supiéramos de un modo irrefutable que el General Mena estaba en libertad, no escucharíamos ninguna proposición de paz.

En vista de esto expuso el Doctor Cuadra Pasos que regresaría a Managua a dar cuenta de su cometido y pidió que se le permitiera volver en la locomotora que lo había llevado, pero no se lo permití, dándole en cambio una buena bestia y un salvoconducto para que viniera a Managua.

Hay que hacer constar que a mi llegada a Granada no había otra locomotora que esa del Doctor Cuadra Pasos, pues la última que había quedado allí el día anterior, es la que yo encontré en Masaya, reconcentrada por órdenes superiores.

Mis primeras disposiciones fueron éstas:

Almacené arroz, frijoles, manieca, harina y toda clase de víveres en el fuerte de San Francisco, en gran cantidad, nombré jefe de los vapores a don Alberto Vivas, y dí mis órdenes por telégrafo para el envío de gente.

Los primeros cuatrocientos soldados los despaché a las diez de la mañana para Masaya, a ocupar la Barranca. Iban al mando del Doctor Pedro Gómez y del Coronel J. Dionisio Thomas, con dos máquinas y un cañón.

Muchos conservadores de Masaya, en número de más de doscientos, se presentaron pidiendo armas y fueron equipados al mando del General Filadelfo García, ocupando enseguida una de las alturas dominantes de Masaya.

Una de las primeras disposiciones del Doctor Pedro Gómez fué nombrar Jefe Político y Comandante de Armas de Masaya a don J. del Carmen Morales.

De esa misma ciudad pidieron armas y se les enviaron cerca de trescientos rifles y treinta mil tiros para equipar a los voluntarios.

Más tarde se recibió la circular en que se avisaba el depósito de la Presidencia; pero nosotros continuamos en la movilización, puesto que no sabíamos nada del General Mena.

En vista de esa circular el Doctor Cuadra Pasos decidió no venirse a Managua, y desistir de sus proposiciones puesto que su mandante, el Presidente Estrada, había dejado de serlo.

A las dos de la tarde despaché para Masaya otra columna de 150 hombres, al mando del Coronel Alejandro Ortega, para reforzar a las fuerzas de la Barranca. Llevaban una ametralladora Colt.

Poco antes de las siete de la noche mandé al General Talavera con doscientos setenta hombres, 2 ametralladoras y un cañón para que operaran sobre la Cuchilla y ocuparan Motastepe. Llevaban también 100 rifles empacados, para equipar gente en Jinotepe.

Como a las siete y media de la noche me llamó por teléfono de Masaya don Alcibiades Fuentes hijo, quien me manifestó que el General Mena ordenaba que se detuviera la movilización de tropas; pero suponiendo yo que aquella orden le hubiera sido arrancada por presión, le manifesté a Fuentes que mientras el General Mena no llegara en persona, continuaríamos en la movilización.

Ya el miércoles llegaron en el "Victoria" 250 voluntarios al mando de los Generales Asunción Masís y José León Talavera y don Roberto Hurtado; pero fueron devueltos por no haber ya necesidad de más gente.

De San Ubaldo me remitía doscientos hombres el Comandante de Armas de Chontales, don Orontes Avilés, pero suspendió en envío por mi orden.

De Diriamba llegaron ochenta voluntarios; pero tampoco fueron aceptados sus servicios por el mismo motivo.

El total de soldados que se alistaron el martes en San Francisco fue de 1,250.

Hubo de comprarse hasta la leña necesaria para los vapores; pero todo eso fué "comprado"; a nadie se le quitó nada por la fuerza.

A las 5 de la tarde hizo su entrada a Granada el General Mena, con todas las fuerzas que estaban en Masaya. Su llegada fué anunciada con cinco cañonazos y repiques de Campanas. Fué aclamado por pueblo y ejército.

El Coronel Rocha hizo el viaje de Managua a Granada en tres horas y 50 minutos. El caballo era excelente, dice don Hildebrando, no llevaba espuelas; pero las doce leguas las hizo al galope.

(“EL COMERCIO”)

LOS HOMBRES DEL DRAMA

XIII

EL MINISTRO MENA

Con la natural inquietud que inspiran los poderes fuertes hispano-americanos por no sé qué indeciso peligro que entrañan, así llegué a visitar al Ministro de la Guerra General Luis Mena en su residencia del Campo de Marte.

Interpuse a un amigo para conseguir esa entrevista. Por lo general, los hombres de acción en el poder, me han inspirado siempre instintivo recelo. Sólo recuerdo de tres, a los cuales me acerqué sin pena, por su suavidad: Lisandro Letona, Julián Iriás e Isidro Urtecho. Jamás tuvieron para mí gesto de orgullo ni se acordaron de que eran poderosos.

A los Presidentes los he tratado en toda ocasión con huraña esquivéz. Su magistratura y el prestigio de su autoridad que los rodea ejercen en mi ánimo influencia deprimente. Solamente con uno no sentí esa influencia: con el Doctor Roberto Sacasa.

Aldívar me fascinaba con su mirada relampagueante; Figueroa me imponía con su seriedad y su mutismo. Me presentaron a él en La Libertad cuando desocupó San Salvador en 1885. Aquel militar pálido y mudo, con botas federicas, visitando a caballo las avanzadas, me parecía una esfinge en lucha cruzando silenciosamente nuestras llanuras. Cárdenas me infundía extraño respeto con la solemnidad de su ademán y su aire taciturno, y si bien Carazo no lastimaba, si su semblante era benévolo, la noticia de su astucia lo obligaba a uno a ser con él discreto y prudente. Sacasa me atraía por la paternal bondad de su alma, impresión que me producía también el trato suave y afable de don Pedro Joaquín Chamorro y don Anselmo H. Rivas.

A Zelaya jamás pude saludarlo sin sentir algo así como intranquilidad. Me hacía el efecto de una personalidad simbólica, hería mi imaginación como un puño de acero levantado sobre las cabezas de las gentes. Recuerdo que cuando fui a la Comandancia General a leer mi alegato de 2a. Instancia en la defensa de Guandique, Zelaya no bajó al despacho situado en el piso bajo del Campo de Marte y casi sentí alegría. Nos dijeron que estaba enfermo. Mi alegato era fuerte, hablaba de prevariaciones y atacaba con energía al Consejo de Guerra. Tal vez no lo hubiera leído con la debida serenidad frente a frente de aquel hombre todopoderoso cuyas penetrantes miradas oblicuas, según el decir de un agricultor, se le metían a éste por los ojos como dos tirabuzones de fuego.

A Madriz, por su carácter intelectual, lo juzgaba como un colega de letras. Sin embargo, las tres veces que hablé con él durante su presidencia me dieron la convicción de que lo respetaba más de lo que hubiera creído tratándose de un amigo con quien antaño hablaba largamente de literatura, de las escuelas literarias en boga y del fuerte empuje del espíritu moderno.

He hecho esta breve relación de mi vida para que se tenga somera idea de la psicología de mi naturaleza y del estado de ánimo con que me acerqué al General Luis Mena, el poder más fuerte que existe actualmente en Nicaragua después del Presidente de la República.

Peró no se crea que ésta al aparentar timidez o reserva es cobardía. Nada de eso. Frente a frente de un hombre, como hombre, jamás tembló mi corazón. Tal fenómeno ha obedecido seguramente a la obsesión que

he tenido, al prejuicio que he hecho siempre de que esas alias posiciones engríen y ensorberbecen por lo regular a las personas más de lo debido, y no he querido nunca al aproximarme a ellas, convertirme en blanco de su soberbia, en piedra de toque para ensayar conmigo los quilates de su pasajera grandeza.

Mi confianza reapareció, sin embargo, al ver la fisonomía del General Mena, ni dura ni fuerte. Recibiómelo cortésmente y como ya sabía el fin de mi visita, me condujo a un apartamiento con butacas blancas y empezó nuestra conversación reservada.

—Hícele presente mi objeto de publicar estas notas, por tratarse de un asunto de trascendencia en la historia íntima del país. La necesidad de oír la viva voz de los personajes que actuaron, sus informes y datos: de reconocer sus ideas y tendencias en relación con los hechos; y, si fuere oportuno, alguna intimidad o detalle como causa generadora de ellos.

Oyóme con atención y llevando la conversación a este terreno,

—Se puede saber, le dije, en donde nació U. y se educó y cuál es su profesión de fé política?

Mi cuna es el pueblo de Nandaime, me eduqué en Granada y pertenezco al partido conservador.

—Sí, pero el partido conservador está o estaba dividido en dos ramas: el progresista y el genuino. ¿A cuál de ellas pertenece U. General?

El General, que se entretenía en leer algunos apuntamientos que yo llevaba relativos al asunto, tosió ligeramente, cambió de postura en su asiento, hizo como que no oía y dejó sin contestar mi observación.

Interrumpiendo su lectura, le dije con intriga: — Nunca he visto bien marcados los ideales de los partidos políticos de Nicaragua.

Enderezóse y animándose y viéndome con fijeza, contestó:

—Ideales! Propiamente hablando, no hay entre nosotros ideales políticos. El afán de todo grupo es llegar al poder, apoderarse del Tesoro y robar!

—General, me autoriza U. para decir esas palabras?

—Sí, señor, dígalo U. ¿Porqué no?

Y después de un momento de silencio.

—Aseguran —le observé— que le asusta a U. la idea liberal?

Me miró como queriendo penetrar una recóndita intención y repuso:

La idea, no; los hechos, sí. ¿Porqué me había de asustar la idea de libertad cuando he luchado tanto en favor de ella?

Pero si los ideales no están bien definidos, repuse ¿en qué se diferencian las agrupaciones?

—En su modo de administrar. A mi juicio, el partido conservador administrara con más honradez.

Variando el tema e hiriendo de pronto otra cuestión,

—Sospecha U., le pregunté, el móvil que impulsó al General Estrada para ordenar el arresto de U. en la noche del 8?

Quedóse un rato pensativo y al cabo contestó:

—Imposible! No podría precisarlo. Solo creo que lo sedujo Moncada.

—Justamente, y ya que se ha tocado este punto, encuentro extraño que Moncada haya observado esa conducta. ¿Acaso no se creía obligado con U. por la posición oficial que tenía? La gratitud continué. la gratitud!

No me dejó concluir y vivamente y con ironía repuso:

¡Gratitud, en política! Moncada tenía ambición de poder e indujo al otro. Vea U. Antes de mi viaje a Corinto había yo pedido a Moncada, de modo perentorio, la renuncia de su carrera, porque así lo creía conveniente a los intereses del país. Cuando yo vuelva —le dije— ya la ha puesto U. ¿Lo oye bien? Por eso, cuando a mi regreso me fué notificado el arresto, lo encontré muy lógico, conociendo, como conozco, su espíritu de intriga.

—Y qué impresión produjo en el ánimo de U. el arresto?

—Acostumbrado como estoy a las sorpresas de la guerra, poca cosa agrego.

En la ciudad se dijo, General que U. había querido quebrar su revólver antes que entregarlo al oficial que se lo pedía.

—Es falso, repuso vivamente. Cierto que no quise entregarlo en la calle, pero lo hice en la Dirección de Policía.

—Callamos largo rato y

—Son sensibles todas estas cosas, dije al fin.

—Soy el primero en deplorarlas, créalo U. Y por la tranquilidad y buen nombre del país, no quisiera que sucedieran.

—Algunos periódicos han discutido la lealtad del General Estrada al partido conservador.

—Por lo que a mí toca, lo juzgué un aliado de buena fé y talvez así hubiera continuado a no haber sido mal aconsejado de su Ministro.

—Entonces piensa U. que no obraba él con criterio propio? Por esas palabras y las anteriores, se deja sospechar.

Sonriéndose, agregó con política:

—Excúseme U., señor, no puedo confesar esta pregunta. Sería muy dura la respuesta.

Eran las 4 de la tarde del 23 de Mayo cuando me despedía del señor Mena. Su alta y vigorosa estatura se destacaba al través de las cortinas blancas.

Tiene 46 años y vestía traje blanco de dril italiano a rayas negras. Su delgada leontina de oro se escondía como culebrina de fuego en los pliegues del chaleco. Lleva constantemente envuelta la mano izquierda en un pañuelo blanco. ¿Acaso una herida, General, en qué combate? Herida, sí; pero no en los combates, sino en el trabajo, con arma cortante.

A lo lejos, en los cuarteles, oíanse los empeños de un aprendiz de corneta que luchaba tenazmente tratando de tocar "atención" y "marcha" mientras en el jardín próximo a la ráfaga ensayaba sus himnos musicales en el apretado follaje de los bambúes.

DE NOCHE A LAS 8

XIV

Una noche corría a escape un coche de alquiler, de sur a norte, sobre la Av. del Campo de Marte; es decir, en dirección al centro de la ciudad. El tronco era brioso y fuerte, el auriga llevaba gorra blanca. Torció al oriente en la esquina de la casa "No. 1;" siguió sobre la antigua calle de Martínez, pasó frente al Mercado viejo, dobló en el ángulo que forma la casa de Bernabé Mejía y paró frente a las oficinas del "Comercio".

De ese carruaje descendió un hombre corpulento apoyándose en un botón con pomo de oro — era el Presidente de la República, General Juan J. Estrada. Iba sólo, sin ayudantes. Debajo de su americana brillaba un revólver Colt.

El General entró como una tromba, algo agitado. Preguntó por el Director del Periódico y al presentarse éste, le dijo:

Mira, no pongas en la edición de mañana el "reportaje" que le dí hoy a uno de tus redactores allá en la oficina. Hazme favor de retirarlo, y en su lugar insertar éste.

Y sacó un pliego de su faltriquera.

—Esta es obra mía —continuó— escrita de mi puño y letra, sin contemplaciones ni mentiras. No más componendas ridículas, ni enbrollos. Ahí va la verdad clara y neia.

Tomó el Director el pliego que le alargaba el Presidente y lo leyó.

Era un ataque terrible contra la Asamblea y contra el Obispo señor Pereira y Castellón.

Creyendo necesaria un explicación, dijo:

—Al Obispo lo ataco por razones poderosas que tengo, relacionadas con mi propio bienestar. A la Constituyente, porque al formar la Constitución, se ha apartado del programa revolucionario. No la firmo, no firmaré esa Constitución: prefiero disolver la Cámara. (1)

El General Estrada no quiso sentarse. Iba de un lado para otro bajo el peso de una cólera reconcentrada. Le ofreció el señor Castrillo que

(1) Fué pocos días antes del golpe de Estado.

serían satisfechos sus deseos y después de esta promesa tomó de nuevo el carruaje y regresó a su residencia.

Distribuidos los originales, los cajistas empezaron a trabajar.

Como a las 12 de la noche llegaba rápidamente el Ministro Moncada a la casa particular del señor Castrillo distante como mil quinientas varas de la Dirección. Suplicó que lo despertaran y se lo llevó a los talleres de la imprenta en el mismo carruaje que lo había conducido.

Durante el trayecto le manifestó que era de todo punto inconveniente publicar el escrito del General Estrada por razones políticas y sociales. Que iba a causar profunda sensación en el país y haría daño al Gobierno y a los hombres de la revolución. Que amigos importantes habían acudido al Ministro americano en el sentido de que se interesase con el señor Estrada para retirar el reportaje y que éste había resuelto hacerlo a última hora. Que en tal virtud, le suplicaba quemar la edición, ofreciéndole reconocer perjuicios.

Convino el Director y al llegar a la imprenta recogieron todos los números tirados e hicieron en el patio un auto de fé como a la una de la madrugada.

Preguntado el Presidente por un amigo, dos días después acerca de esto, contestó:

—Me siento contrariado de no haber publicado ese artículo que reflejaba mi temperamento y era seguro termómetro para el porvenir.

No hay que equivocarse conmigo, no hay que equivocarse.

Refiero esto, como un signo del Estado de rebelión y cólera en que estaba su alma inquieta antes del ocho.

PROYECTOS

XV

Acababa yo de salir del baño a orillas del lago de Managua en una tarde cálida de Abril, cuando sentí sobre la arena, a mis espaldas, ruido de pisadas. Volví la cabeza: — el Presidente que hacía su ejercicio de costumbre. Montaba caballo alazán e iba acompañado del Coronel Camilo Barberena que trotaba sobre un poiro isabelino.

Púseme de pies y saludé a ambos. Estrada llevaba corbata roja.

—Lindo paisaje, me dijo — dirigiendo la mirada sobre la extensión de las aguas.

—Sí, General, contesté, abundan las bellezas naturales en Nicaragua, estamos en lo justo y altamente valen.

—Ciertamente, agregó: pero unas son más intensas que otras y producen emociones más vivas. Por ejemplo: la belleza de la perspectiva actual.

Y estuvo contemplando largo rato aquel cuadro delicado del cielo, la tierra y las aguas.

El lago dormido semejaba un gran plano de cristal sobre el cual se reflejaban los montes de la ribera y algunos fragmentos de nubes grises.

Las barcas de los pescadores se veían inmóviles a lo lejos como esfinges que esperan, y tal cual pájaro negro, signo cruel, hendía a veces la atmósfera y se precipitaba feroz sobre las ondas en busca de sustento. Caía de golpe y tornaba a remontarse con la presa retorciéndose entre las garras. Después de comerle los ojos la abandonaba. A trechos, interrumpía aquella diafanidad de las aguas un remolino, un loco burbujeo: era el ejército menudo que jugaba, que bibraba a flor, los peces minúsculos brilladores e inquietos, saltando traviosos en bandas apretadas.

Interrumpiendo su abstracción, dijo de momento el Presidente:

Quizá muy pronto un progreso más activo se desarrolle sobre estos lugares, hoy relativamente silenciosos y sin movimiento.

Y empezó a perfilar proyectos de grandeza. Su frase era fácil, a veces pintoresca. Habló de su plan administrativo: de propósitos sobre instrucción pública. Deseaba para la juventud una educación práctica que le diera suficiencia en la vida. Me gusta, dijo, que sepan ganarse ésta con brillo, que salgan hechos hombres de los colegios, prefiero esto a que sepan hablar de una puesta de sol.

Se entusiasmaba oyéndose. Traió del malecón de Managua, de higiene, de historia, de la visión de las lanchas de vapor y gasolina surcando los lagos de Nicaragua como mensajeras de progreso. Habló con calor de la revolución: de Zelaya, sin encono; de los motivos que tuvo para hacerle la guerra, y de algunas cartas que le había escrito antes de declarársela, pidiéndole leyes más benevólas para la Costa, cartas que Zelaya no contestó.

Después de largo silencio en que permaneció pensativo, reanudó así: Me llaman vende Patria mis enemigos, pero están en un error. Más tarde, la posteridad dirá quien tiene la justicia. Lo que sí aseguro es que acabaré con las guerras civiles en Nicaragua; que le daré paz para que viva y trabaje.

Su entusiasmo era comunicativo y le interrumpí:

General: sus proyectos son hermosos: ojalá logre U. todo lo que desea, especialmente esa paz de que acaba de hablar, pero una paz fecunda, hija de la libertad.

—Por eso di el golpe de Estado, agregó, porque la Asamblea estorbaba mi programa: no iba por el camino. Si la que viene hace lo mismo también la disolveré.

Las palabras salían sibilantes de sus labios, y como en el curso de la conversación se quitara varias veces el sombrero, el pelo se le había emborascado sobre la frente que aparecía pequeña, deprimida.

De compleción recia, cargado de vientre, temblaba su cuerpo, oscilaba sobre la montura, como bajo la fuerza de una gran emoción.

Después se recogió, hizo silencio largo tiempo, fatigado quizá por lo que había dicho y quedó contemplando nuevamente la tersa superficie de las ondas.

Como recapitulando un discurso interno, agregó estas palabras:

—Zelaya, no quiso hacerme caso — Zelaya no quiso oirme. Por eso le hice la guerra: por eso. . .

Cuando se alejó, la noche empezaba a caer y rápidamente lo ví perderse en la penumbra.

No me hubiera imaginado que pronto iba también a perderse en los oscuros pliegues de los últimos acontecimientos.

LA COLERA

XVI

A las 9 y media de la mañana del 9 llegó a la Comandancia de Armas el Presidente Don Adolfo Díaz. Llegó sólo cruzando diagonalmente el jardín del Campo de Marte desde las oficinas de la Presidencia.

En los corredores y patios de la Comandancia se arremolinaban como quinientos hombres bien armados, pertenecientes a las distintas clases sociales de la capital. Eran los conservadores que habían acudido a defender su bandera. Jóvenes distinguidos, artesanos, comerciantes, agricultores, médicos, abogados, periodistas: de todo.

Se habían armado con los elementos que buscaban los liberales y entraron por el portón de dicha oficina, designando como Jefe al General Jersán Saenz.

Una agrupación resuelta, colérica, deseosa de pelear, que gritaba a cada momento: "Muera Estrada! Muera Moncada! Mueran los traidores! Viva el general Menal!"

La prisión de este jefe y los sucesos verificados, la tenían bajo el imperio de fuerte excitación que amenazaba con desenlaces o desfuegos dramáticos si una providencia o medida oportuna no venía a impedirlo.

Así lo comprendió el Presidente Díaz, quien llegó en los momentos en que talvez iba a estallar la cólera

Se presenta algo pálido pero tranquilo; no sabía como lo recibiría aquella gente.

—"Muchachos, dijo —acabo de recibir la Presidencia. Soy de ustedes".

Entonces de todos aquellos pechos agitados por la pasión salió este grito: "Viva el Presidente Díaz!" "¡Viva el partido conservador!"

E incontinenti se dejó oír este grito con más fuerza: ¡Queremos la libertad del General Mena! Viva el General Mena!

Como estos últimos se repetían en medio de protestas y exaltaciones, el señor Díaz designó a don Juan de Dios Matus para que explicara sus propósitos de paz como Gobernante e hiciera la promesa de que ya iba a ordenar la libertad del señor Mena.

Al mismo tiempo encargó al propio señor Matus pasase al Consulado británico, donde ya guardaba arresado el General Mena, a participarle a éste aquel acontecimiento y a indicarle que enseguida sería puesto en libertad (1)

Colocaron una silla y sobre ella dijo su arenga el orador. Habló de la personalidad del Presidente, del programa político que desarrollaría, de su espíritu de conciliación y paz y de su credo conservador. Atacó al General Estrada y a los seguidores que querían —dijo— la ruina de Nicaragua. Aludió a la felonía, a la corrupción y al envilecimiento de los falsos amigos; y después de algunos rodeos se concretó al General Mena a quien señaló como un caudillo de merecimientos cuya libertad prometía en nombre del Gobernante

El discurso fué bien recibido. Una tempestad de aplausos acogió al orador que al bajar de la improvisada tribuna se encontró en brazos de sus amigos quienes a menudo le habían interrumpido con las palabras: "Sí — muy bien, — Bravo — Eso queremos, etc."

Acto continuo salió del Campo de Marte el señor Matus a cumplir el encargo ante el detenido General Mena.

Al Presidente Díaz le hicieron una ovación y la multitud designó a los Coroneles Salvador Solórzano y César Solís para que lo acompañaran a su residencia.

Al desocupar el recinto el Presidente, resonaron nuevos aplausos. Mientras él y los dos designados cruzaban el jardín, oyéronse frente a la Guardia de Honor unas descargas de fusilería. Los piquetes ambulantes que hacían la guardia en el interior del Campo, alrededor de la Comandancia, corrieron a parapetarse y prepararon prestamente sus armas.

Díaz se dirige con rapidez a ellos y les dice en calma:

—No. no hay que disparar — Espérense un momento — Cuidado con una desgracia. Eso pasará. Seguramente ha sido una equivocación. Los soldados se contuvieron.

Efectivamente, no era nada. La tropa allá en la calle, arrastrada por su celo, había hecho algunas descargas al aire sobre algunos grupos sospechosos que se veían a lo lejos con divisa roja, grupos que se retiraron.

Los quinientos hombres de la Comandancia se retiraron poco a poco. Los últimos grupos no lo hicieron hasta el siguiente día 10, cuando ya el General Mena estaba reintegrado en sus funciones de Ministro y el ex-Presidente Estrada se había marchado de la capital.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

MECANISMO DE LOS HECHOS

XVII

Deportó el Presidente Zelaya la Costa Atlántica en cierta ocasión a unos artesanos — los de "La Moderna" — por la fuerte oposición que le hacían en la capital. Entre ellos iba el joven Pedro Joaquín Mayorga, mecánico.

Mayorga llegó a Bluefields junto con sus compañeros a cumplir su condena. Todos hicieron el viaje en el mismo vapor en que se embarcó en Granada el General Juan J. Estrada, nombrado por Zelaya Intendente de la Costa Atlántica después que dejó de ser Ministro de la Guerra. Cuando Estrada se sublevó e inició la revolución, Mayorga se incorporó a ella. Peleó en varios combates y entró triunfante a esta capital. Era Subdirector de Policía cuando los acontecimientos del 8 y 9 de mayo.

(1) Se recordará que el General Mena estaba detenido en la Dirección de Policía, ocupado por los liberales de donde fué sacado para guardar arresto en ese Consulado, por intervención del Ministro americano.

—Yo soy liberal, me decía, pero no zelayista. Zelaya no es liberal, no lo fué nunca.

Mayorga es un hombre de trabajo, alto, delgado y de valor. Perteneces a la clase obrera, que lee.

Me lo dió a conocer otro hijo del trabajo y después de pedirle datos, contestó:

El plan del general Juan J. Estrada no lo conocí hasta las 5 de la tarde del 8, en que me llamó al Campo de Marte.

Antes de esa hora había yo conferenciado dos veces con el Ministro Moncada, en su propia casa. En la primera, y después de algunas palabras me para conocer el estado de ánimo.

¿Qué necesita U en el cuerpo de Policía?

Capotes, General.

Y nada más?

Nada más.

Moncada se quedó observándome y al rato me dijo que podía retirarme. Después de todo lo que ha sucedido, creo que procuraba sondearme para conocer el estado de mi ánimo.

La segunda vez me llamó como a las 11 de la mañana. Entonces fué más abierto.

¿Puede U. alistar un poco de gente?

—Sí, señor.

Pues espere órdenes, que vamos a tener necesidad de ella.

Y me dió a entender que algo grave iba a ocurrir en el país.

A las 5 de la tarde me habló por teléfono del propio Campo de Marte diciéndome que el Presidente Estrada quería entrevistarse conmigo. Llegué allá en momentos que aquel daba audiencia al Subsecretario de Fomento señor Urtecho; viendo esto la esposa del Presidente, doña Salvadora, dijo: Voy a sacar con astucia al señor Urtecho para que hablen ustedes con libertad. Efectivamente, pocos momentos después salió el señor Urtecho y era yo introducido. El Ministro Moncada estuvo presente en esta entrevista. El Presidente me dijo de lleno su pensamiento. Quería mandar con los liberales y deponer al Ministro de la Guerra General Mena. Después de hablar largamente acerca de esto, preguntóme.

¿Puede U. reclutar dos mil hombres? Claro, General, le contesté: no digo dos mil, cuatro mil.

—Bueno, me dijo al fin, retírese U. a su puesto y esté listo esperando órdenes.

Tan pronto llegué al cuartel, ordené la captura de un conocido liberal: el Coronel Tomás Bravo. Lo hice para despistar, para dar a entender al público que la autoridad nada tenía de común con los liberales; y que al contrario, los perseguía. Después llamé por teléfono a los Comandantes de Sección y les ordené que se reconcentraran con toda la fuerza que tuvieran. Así lo hicieron.

Como a las once de la noche llegó el Ministro Moncada a toda prisa a mi oficina y sacando una pliego de la bolsa de pecho:

—Aquí está el acuerdo destituyendo al actual Director de Policía Pedro P. Muñoz y nombrándolo a U. en propiedad. Tome U. sus precauciones porque va a arrestar al General Mena que llega esta noche de Corinto. Y me dió a reconocer ante la guardia en mi nuevo empleo.

También arrestará U. al Subsecretario de la Guerra don Hildebrando Rocha.

Donde debo arrestar al señor Mena?

En la Estación Central, contestó. Y a Rocha donde lo encuentre.

Aunque la orden me pareció fuerte y extraña, no tenía más que cumplirla. No podía hacer otra cosa el subalterno no discute.

Retiróse el señor Moncada y a las 12 de la noche me llamaba nuevamente por teléfono. Con quién hablo? dijo.

Con el Director de Policía, Mayorga.

—Oiga, señor Mayorga. Acaba de salir de Nagarote el tren en que viene el General Mena. De U. sus órdenes para la captura, guardándole las debidas consideraciones.

Los oficiales que hicieron esta eran tres: Eduardo Mayorga, Alfonso Barreto y Abraham Mayorga, este último hermano mío.

De previo mandé un pelotón de diez oficiales con el primero. Después, ocho con el segundo; y por último doce con el tercero. Total 30.

En la estación esperada el coche presidencial. El oficial Mayorga capturó silenciosa y astutamente a los dos cocheros y puso en su lugar a dos policiales. Cuando llegó el tren la fuerza estaba desplegada.

El General Mena, al notificársele la orden de arresto, quiso hacer uso de su revólver. Entonces la tropa apuntó al pecho con los rifles y se hizo la captura. Al subir al carruaje, el General se fijó en los cocheros armados de rifles y dijo: Por qué están ustedes armados; que sucede, que pasa? Creía equivocadamente que eran los cocheros de Palacio.

Ya en la Dirección, me entregó su revólver. Le guardé toda clase de consideraciones. El General estaba indignado y decía: Estas son cosas de Moncada, ese traidor; ese traidor . . . ! Yo tengo la culpa pues por mí están todos ustedes en el poder.

General, le contesté, también a nosotros nos ha costado esta situación: U. lo sabe.

Mandé traer muebles de dormir y el General se acostó y durmió tranquilamente. Ya antes, había dictado mis providencias para capturar al Subsecretario Rocha pero no pudo ser habido. Se le buscó en el Teatro, en su casa y en varias partes pero todo fue en vano.

Al amanecer del 9 envié al Palacio a todos los amigos liberales que se presentaban y de este modo contaba con dos puntos militares: aquel y la Dirección de Policía.

Como a las 8 de la mañana de ese mismo día me llamó el General Mena a su cuartó y díjome:

—Sírvasse decir al General Estrada que en Corinto hay un vapor que va para Puntarenas y que si me permite embarcarme en él para salir del país. No quiero estar en Nicaragua.

Llamé por teléfono a la Comandancia General de conformidad con su deseo, pero en lugar del Presidente contestó el señor Moncada, al conocer lo que deseaba el General Mena, dijo con acento irónico:

¿Por qué se quiere ir tan pronto el General?

Casi a esa misma hora se presentaba en la Dirección de Policía el cónsul inglés Mr. Martin solicitando permiso para hablar con aquel.

Le manifesté que sólo podía hacerlo obteniendo autorización del señor Presidente. El señor Martin se dirigió al Campo de Marte y a las diez de la mañana recibía yo un telefonema del mismo Moncada, ya en otro tono, en que me ordenaba que pusiera en libertad al señor Mena pero enviéndolo con dos policiales al Consulado inglés, orden que cumplí inmediatamente.

Y no sabía U. nada hasta entonces del depósito de la Presidencia en Don Adolfo Díaz?

—No, señor, nada. No supe del depósito hasta las dos de la tarde. El activo movimiento, el fuerte barullo del cuartel y las necesidades del servicio me impedían informarme. Sabía que llegarían a atacarme a la Comandancia de Armas y me alistaba para el combate.

¿Quién le dió a Ud. ese aviso?

—El General Moncada, por teléfono. Varias veces me llamó al aparato en la mañana para advertírmelo.

Puse la gente en pie de guerra y esperé los sucesos. Estaba bien armado y tenía siete mil tiros.

Transcurrió el tiempo y en esta situación, el Ministro Moncada llama al teléfono con voz trémula y demudada:

—Amigo Mayorga. . . amigo Mayorga. . . Llegará allí el Coronel Vicente Alvarez a hacerse cargo de esa Dirección: entréguele U. Todo está consumado. Pobre Nicaragua. Adiós, Mayorga, adiós.

El sentido de estas palabras me lo he explicado después cuando recuerdo sus conversaciones:

Vea Ud. Mayorga, vea U. me decía pocos días antes. Yo ataco a los liberales pero de mentira y lo hago para despistar a los conservadores a quienes preparo un golpe terrible. Ya verá Ud.

La decepción, pues, el desengaño, el fracaso, a mi juicio, lo hicieron decirme aquellas palabras de despedida

Y capturó U. también esa misma noche al Director de Policía señor Muñoz, en el teatro "Variedades"?

En el teatro no, señor. Lo hice de orden superior al llegar al cuartel.

Muñoz tenía listo un resguardo para acudir a la Estación a cuidar al señor Mena porque me dijo que tenía noticia de que querían asesinarlo. No juvo tiempo de realizar su propósito pues al llegar del teatro donde se daba "El Loco Dios" lo desconoció la guardia y le dije que me entregara su arma. La guardia procedió así porque ya el señor Moncada le había notificado la destitución y mi nombramiento, según he dicho a Ud.

Y con que objeto capturaban a Muñoz, no bastaba destituirlo?

No señor, me dijeron que era partidario del señor Mena y que disponía de amigos resuellos en el cuartel con los cuales talvez podría oponerse a la medida.

Cuando el Coronel Alvarez llegó entregué la Dirección y me retiré.

EN BUSCA DE AUDIENCIA

XVIII

Para obtener el sentir del señor Presidente Díaz en relación con los sucesos del 8 solicité una audiencia varias veces.

Primera, por medio del Secretario Privado Doctor don Benjamín Cuadra.

Segunda vez — Por medio del mismo Secretario señor Cuadra. No habiendo recibido contestación, la pedí por

Tercera vez — Dirigile esta tarjeta:

Estimado señor Cuadra: Estoy esperando su telegrama relativo a la audiencia que solicité del señor Presidente para el asunto de mi libro. Le recuerdo su promesa. Creo que por olvido no ha cumplido U. Atentamente — Franco. Huevo.

En ninguna de esas ocasiones obtuvo respuesta.

Busqué entonces al señor Cuadra en su residencia del Gran Hotel. Después de varias infructuosas tentativas, logré verlo.

Vea U. —me dijo— nada le he contestado porque el Presidente no quiere hablar de esos asuntos. Juzga que no es oportuno porque los ánimos no están en calma.

Observe U. —le contesté— que la relación ingenua y sencilla de las cosas a nadie puede ofender. ¿Acaso es prohibido revelar la verdad? ¿Cuándo vamos a conocerla? Todo momento es oportuno para hablar de ella. Los sucesos del 8 tienen gran significación en la historia política del país. Resuelto el problema en la forma que lo hizo el destino, desde ese momento entró de lleno el partido conservador a ejercer la hejemonía pública en Nicaragua. ¿No lo cree U. así?

—Estamos de acuerdo, pero ¿qué quiere U.? El señor Presidente no quiere hablar del asunto.

Y nos separamos: él, fumándose un tabaco perfumado con anillo dorado, yo, con mis cuartillas y los temas de la "interview" en el bolsillo.

Transcurrieron diez días y volví a la intriga o a la carga, como dicen en la técnica militar.

Entonces le hablé al Secretario bibliotecario señor Martínez.

—Con mucho gusto, señor, con mucho gusto, daré al Presidente su recado.

Y una vez, y dos, y tres, cuatro y cinco. ¿Cuándo le dijo a Ud. que podía yo llegar?

Todavía — todavía.

Y se iba con su paso rápido de agente de negocios.

Hasta el día.

Hasta el día no, precisamente, sino hasta la víspera del día en que me resolví a buscar la audiencia pública para hablar con el señor Díaz.

Fué en la mañana del jueves 6 de Julio.

ESPERANDO AUDIENCIA

Después de dar mi nombre en el macizo portón de bronce del Campo de Marte, que se afianza en dos poderosas columnatas de piedra a

las cuales coronan unas copas opulentas con arabescos pintados de verde y oro; después de examíname con detenimiento del pie al pelo, el cabo de guardia permitiéndome la entrada.

La centinela del segundo cuerpo también me dejó pasar.

E hice espera al pie de la escala en los pasillos del piso bajo del edificio.

La guardia a un lado, y sobre ásperas y rústicas bancas la gente sentada que aguarda su turno algunas veces durante horas: el turno de la audiencia.

Frente a mi banca, unas mujeres del pueblo de diferente edad y color; un cojo, un manco y un tuerto. Casi todos descalzos: solo el cojo iba calzado con zapatos de cuero rojo. En algunos semblantes se pintaba la ansiedad; en otros la duda; en este la desesperación; en casi todos el aburrimiento, la tristeza, el bostezo.

Una falange de moscas negras hacía la guardia a los que esperaban, la mosca del charco, del pantano. Zumbaban sonoramente sobre los pies descalzos, o trepaban sobre las narices, sobre las bocas, sobre la frente. ¡Qué fastidio!

No soplaban ni una ráfaga de aire; el calor empezaba a sofocar! A mi derecha quedaba un procurador, espíritu travieso, fisgón. A mi izquierda, un escritor y poeta llena tal vez la mente de quimeras.

Y ví el desfile de los que me precedieron y que no pertenecían como nosotros a la audiencia pública: entraban sin anunciarse. Ingleses, americanos, italianos, mejicanos, hijos del país, subían y bajaban por aquella escala angosta, fuerte, con caprichosas caladuras, llevando una esperanza, trayendo un consuelo, una promesa. Rápidos, animosos unos; desfallecidos y dolientes otros: reflexivo éste, callado y sombrío aquel. Aquel ascender y bajar de hombres como una visión de aquelarre se me antojaba una maravillosa escala de Jacob —cuerda de infortunio— por donde se encumbran o despeñan los corazones.

Y así pasó el tiempo hasta que una mentirilla venial del Procurador me permitió subir a mí también para seguir esperando allá arriba, en el descansillo del segundo piso, frente al despacho del Presidente.

Largos, larguísimos fueron aquellos momentos.

Las cornetas de los cuarteles habían dado ya las doce y transcurrió un cuarto más.

Muchas personas esperábamos.

De improviso se abre la puerta, aparece un edecán y grita:

Señores — se suspende la audiencia por haber pasado de las doce.

Así lo dispone el señor Presidente — sólo podrá pasar don Francisco Huevo.

Cuando todo mi tiempo lo creía perdido venació de súbito mi esperanza y entré rápido. Entre haciendo una cortesía a la persona que veía sentada en la cabecera de la mesa donde despacha el Presidente, una mesa sencilla de caoba.

—Señor Presidente, dije.

Y las palabras espiraron en mis labios.

En lugar del Presidente, tenía por delante ¿a quién creerán ustedes? — ¿A quién?

Pues nada menos que al mismo Secretario privado señor Cuadra con quien había hablado yo muchas veces. Se puso de pie al verme y me apretó sonriendo la mano, todo él respirando buena salud, correctamente vestido, de corbata blanca, con su cara de canónigo si aquellos ojos picarezcós que me miraban con malicia, no fueran esencialmente seglares o mundanos, Tableau!

—Pero amigo, le dije, pero señor Cuadra, pero

Saliéndome al paso, exclamó con sorna:

—El señor Presidente me encarga que lo reciba y lo salude y que me explique U. su solicitud para darle cuenta. Si su visita tiene relación con el libro, ya se lo dije a U. varias veces.

Lea U. señor Cuadra: lea U. los puntos de la "interview": nada tienen de comprometedores.

...Y le dí mis temas.

Los leyó con atención. Ni por esas.
Insistí, insistí siempre, y nada.

Ya para retirarme:

Quiere U. dijo, con mucha cortesía, que tomemos una copita de whiskey? Ya es tarde: va a ser la una — Un aperitivo para almorzar. Y pidió el servicio a un edecán.

Y tomamos un rico "black and white" en el lujoso saloncito de despacho tapizado con sordas y acolchadas alfombras de fábrica francesa.

Y me retiré cavilando acerca de los motivos que pudiera tener el señor Díaz para rehuir el reportaje.

Por lo demás, don Adolfo Díaz es el gobernante más joven que ha tenido Nicaragua. Cuenta apenas treinta y cinco años, es soltero, blanco y de ojos negros. Hijo del poeta nacional don Carmen Díaz, nació en Esparia, Costa Rica. Su carrera política ha sido rápida. Empezó con la revolución: el 11 de octubre de 1909. Después de 8 meses de haber ésta entrado triunfante a la capital ha ocupado él la primera magistratura del país.

Hombre sagaz, astuto, sutil, como los políticos florentinos de la Edad Media. Fué el alma de la revolución.

MECANISMO DE LOS HECHOS

XIX

El 26 de mayo dirigí la siguiente carta al señor General Corrales.
"Señor Gral. don J. Antº Corrales.

Su casa

Muy señor mío:

La prensa ha dicho que fué U. el jefe que encabezó la columna liberal que llegó al Campo de Marte en la noche del 8 de los corrientes.

Yo escribo actualmente un libro que deseo sea la expresión de la verdad acerca de los sucesos ocurridos.

Si no tiene U. inconveniente, suplícole se sirva darme algunas noticias relativas a la parte que U. tomó en ellos para publicarlas.

Excuse U. esta molestia y anticipándole mis gracias créame.

Su Atento S. S."

—La respuesta:

Managua, mayo 27 de 1911.

Sr don Francº Huevo P.

Muy señor mío:

Es verdad que me cupo la honra de jefaturar al grupo de liberales que llegaron al Campo de Marte la noche del ocho al nueve de los corrientes, honor que le debo al señor Gral. don Aurelio Estrada.

A las doce de la noche del 8 del presente mes, fuí llamado por el mencionado señor Gral. Aurelio Estrada. Cuando llegué a su casa está llena de liberales. Ya en su presencia me manifestó que el señor Presidente Gral. don Juan J. Estrada le había solicitado su apoyo (de Aurelio) en unión de sus correligionarios y que por consiguiente pedían el mío. Lo trascendental del asunto y la exabruptez con que me lo presentaban me dejaron atónito y vacilante por un momento; pero el deseo ardiente que tengo de que el partido liberal nicaragüense llegue al poder para que salve siquiera el honor nacional, hizo que yo obedeciera como un soldado poniéndome a discreción del Sr. Gral. don Aurelio Estrada. Este me ordenó que me fuera inmediatamente al Campo de Marte con todos los liberales allí presentes a ponernos a las órdenes del señor Presidente de la República. Llegado que hubimos a su presencia nos pusimos a su disposición; incontinenti ordenó que nos armáramos, que después de armados

mandara a cincuenta individuos a la Escuela de Artes para capturar al señor General don Luis Mena que llegaría próximamente en un tren de occidente. Ordené al señor don Eliseo J. Reyes que condujera a nuestros correligionarios a los almacenes de guerra para que se armaran y a don Salvador Morales para que llevara la orden por el señor Presidente. Poco tiempo después aparece el referido señor Morales diciéndome que el señor Víctor M. Moreira y otro oficial, al parecer jefe de la guardia de los almacenes de guerra, se oponía a la orden dada por el señor Presidente; entonces mandé a don Rafael Morales a donde don Aurelio a que le comunicara lo que estaba ocurriendo y dí parte al señor Presidente. Este mando a llamar al señor Comandante de Armas Gral. don Inocente Moreira, y, cuando estuvieron frente a frente conversaron en voz baja; después de esa conversación noté en el señor Presidente gran vacilación y viendo lo grave de la situación me fui a donde don Aurelio para comunicarle verbalmente lo que ocurría; tratando del asunto estábamos cuando llegaron todos los liberales diciendo que el señor Presidente los había mandado a sacar. Con lo que terminó el suceso yéndome a mi casa de donde me sacaron al tercero día para ser conducido a la Penitenciaría, engrillándome como un criminal empedernido.

Así me doy el gusto de contestar a su muy estimable de 26 de los corrientes. Quedo de U. atento S. S.

Ant. Corrales".

El General Corrales es politécnico. Estudió en la Escuela Militar fundada en esta Capital por el General J. Santos Zelaya y le son familiares los métodos pedagógicos. Ha sido Director de Escuela y profesor de grado. Perteneció al credo liberal moderado y cuando estalló la revolución de Bluefields prestó sus servicios en el ejército del Gobierno de Zelaya. Copado parte de éste y deshecho en "El Recreo", Corrales quedó prisionero en poder de aquella. Salido Zelaya del poder y habiendo depositado en el Doctor Madriz, los elementos liberales de la revolución solicitaron su concurso para seguir la lucha contra éste, concurso que Corrales les prestó. Pusieron a sus órdenes como segundo jefe de un cuerpo de ejército con el cual peleó contra las filas del Presidente Madriz; pero en San Vicente, en donde fué ascendido a General: después, en San Agustín: en esta jornada cayó mortalmente herido. De resultas, el General Corrales perdió una costilla al lado derecho, la cual le fué extraída o asestada en los hospitales de Bluefields por cirujanos de la revolución.

Es blanco, joven, de mediana estatura, pero ensortijado, lampiño. Hombre de calma, habla poco y observa. Se asegura que esas heridas lo han dejado casi impedido para trabajar.

Pocos días antes del 8, y ya que es de oportunidad, decía el Presidente Estrada al Ministro Mena, con cierta indiferencia:

—Me parece conveniente que le pongamos a Daniel (1) un General de confianza en la fortaleza de San Francisco (2) para mayor seguridad de la defensa. Ese jefe puede ser el General don Antonio Corrales.

—General Estrada, le contestó Mena, con naturalidad. Si Ud. quiere ver un General en San Francisco, no hay inconveniente. Hagamos General a Daniel.

Al oír la contestación, Estrada guardó silencio y se quedó viendo con cierto recelo a Mena.

LOS HOMBRES DEL DRAMA

XX

MONCADA

El General José María Moncada llegó al Ministerio de la Gobernación en vísperas de su caída. Saboreó las glorias del poder con volup-

(1) —Daniel Mena, hijo del General Mena. Tiene el grado de Coronel y es el jefe de la fortaleza.

(2) —Fuerte militar situado en Granada.

tuosidad. Era un aspirante que deseaba ir siempre más arriba. Causa generadora del movimiento del 8, inspiró y creó esa situación.

En su juventud fué Moncada estudiante muy aprovechado en el Instituto de Granada; después se hizo Bachiller; luego periodista; enseguida político y guerrero; y a última hora inirigante y Ministro.

Tiene fuerza de voluntad y mucha ambición. Escribe con espontaneidad, pero algunas veces sin inspiración. Carece de fantasía y de color, aunque es fecundo. "El Centinela" es su propio retrato, su reflejo moral. Moncada en los editoriales, Moncada en la sección informativa, en las columnas recreativas, en los versos, casi en los avisos, Moncada en todo. Hubiera querido poner su nombre hasta en el pie de imprenta.

Es blanco, de blancura lívida; bien parecido y de mediana estatura. Con las damas, atento: tiene reposado ademán y buen gesto. Habla poco, y cuando lo hace le gusta oírse. Su elocuencia en el parlamento era brillante, a veces arrebatada.

Pocas ocasiones contesta los ataques de sus enemigos: su fuerte en esos casos es el silencio. A menudo se contradice su pluma: afirma hoy lo contrario de lo que sostuvo ayer. Cuando lo maltratan por ésto, agredándolo o insultándolo, se queda impávido. Según la teoría psiquiátrica, pertenece a la escuela sadista; goza en ocasiones cuando por lo bajo logra darle un pellizco al compañero. Su fotografía vista de frente, ofrece esta anomalía: se le ven dos raras protuberancias en los extremos de la frente como someros cabos de cuerno. Para remediarla o atenuarla los fotógrafos trabajan mucho: Una fisonomía de Mefistófeles.

Tiene talento y gran pasión por la lectura pero le falta don de gentes. Como político, no sabe atraerse a las personas, menos a las multitudes. Quizá queriendo atraérselas, las repele. Este poder o fluido negativo existe en la masa de su sangre. El juego político que hizo en el drama del 8 tiene su explicación en el capítulo "La Manzana de la discordia".

Nació en Masatepe y su padre fué un respetable artesano: un herrero honrado. En la vida privada, el General Moncada siguió la línea de la hombría de bien; se asegura, sin embargo, que le falta gratitud. Pre dispone a los amigos, los enreda, los divorcia, los dispersa. Tiene cara helada, pero detrás de ella alientan grandes pasiones. Trabajó en favor de la revolución con el rifle; y en contra, sin quererlo quizá, con su pluma y su intriga.

Se cita de él este rasgo de inoportunidad en el momento decisivo de su situación:

Cuando los liberales esperaban armas en el recinto del Campo de Marte, al pie de las habitaciones del Presidente, Moncada se acercó a la baranda del segundo piso y en alta voz, dijo:

—¡Hay mucho zelayista allí abajo entre esa gente. Conviene seleccionarlos para entregar las armas!

Entonces del fondo de uno de los grupos que estaban en las tinieblas salió vibrando este epigrama, nota revolucionaria:

—He ahí un calvo que no tiene dos dedos de frente (1) Habla de hacer selección entre nosotros en los momentos en que vamos a pelear en favor de su jefe.

Los grupos acogieron esta fisga con risas comprimidas.

Fronta fué su caída. Así sucede cuando se quiere ir de prisa. Cuando entró triunfante a la Capital en las filas revolucionarias tenía aire modesto y aparentaba humildad. Pero a medida que ascendía en los puestos públicos y en la confianza del Gobierno, se transformaba, se hinchara de orgullo. Cosa extraña en un hombre inteligente. ¿Por qué engreirse, de qué? ¿Acaso no había visto él en su vida agitada de político (como hemos visto todos) subir y caer personajes con la velocidad de un pasaje cinematográfico?

¿Acaso no ha visto él tumbarse, romperse situaciones políticas, para ser sustituidas por otras que luego corren la misma suerte en el plano inclinado de la fatalidad, la historia y el tiempo?

A Moncada lo quebró la ambición. Cuando más segura creía su posición de Ministro se le arremolinaron las nubes negras del desastre.

Queriendo amarrar al General Mena, como dice el pueblo en su

(1) Moncada es calvo.

lenguaje gráfico, resultó amarrado (2) y salido del país. Pasó por el disco político de modo fugaz, como una visión de ironía cabalgando furiosamente sobre el potro de la discordia revolucionaria.

¿Volverá a la lucha? ¡Quién sabe! Es hombre de afán y perseverancia.

Por el momento Moncada se ha ido a Washington.

Después del grave incidente que le ocurrió el 9, a que se refiere la nota del pie, se marchó en tren expreso con el General Estrada, llegó a Corinto, en donde permaneció algunos días y de allí salió para Guatemala.

En Corinto empezó a hablar bien de los caudillos liberales. Les reconoció altos merecimientos a los Doctores Julián Iriás y Rodolfo Espinosa R. Se expresó de ellos con admiración y cariño no obstante que firmó como Ministro el decreto de expulsión del último.

De Guatemala pasó a Estados Unidos. Va seguramente a exponer sus quejas, sus resentimientos, sus desengaños. Va a solicitar quizá el amparo del poder fuerte en la acción reivindicatoria de sus derechos de revolucionario que él encomiaba tanto y juzgaba eternos.

Estos derechos en sustancia los establecía en "El Centinela" del siguiente modo:

Yo soy revolucionario vencedor, decía; luego tengo derecho a todas las holganzas y venturas del poder. El resto de los nicaragüenses que no ha sido revolucionario no tiene derecho a nada y solamente debe mantener una actitud: la de aguantar el palo y quedar debajo.

Y no lo decía únicamente sino que lo practicaba.

Era una máxima política de buen gobierno muy suya que había desenterrado no se sabe dónde.

"Política! Política! De ella me decía Rubén Darío: —es una ciencia impura que no entiendo y que aborrezco. Sumidero de inconsecuencias: ley antagónica de la razón, de fatídicas negruras".

El "Times Democral" de New Orleans, de 15 de Junio, dice:

"El General José Ma. Moncada, ex-Ministro de Gobernación, de Nicaragua, partió a New York y se cree que se encontrará con Estrada y sus compañeros en Washington y que estarán presentes en la audiencia que Estrada tendrá con Knox".

CABALAS O NIGROMANCIAS

XXI

El General José Santos Zelaya tenía sus cábalas: las cartas egipcias. Quería mefer los ojos por la puerta oscura del destino para orientarse y para sorprender sus secretos. Las cartas a última hora, casi siempre le dieron respuestas fatales, que Zelaya no creía. Su situación desde el 10 de octubre de 1909 se deslizó sobre una pendiente; al pie de esa pendiente, es decir, en el punto de intercesión donde agoniza la esperanza y surge el desengaño, Zelaya vió, claramente, su sepulcro político. Lo vió con precisión cuando ya los juegos simbólicos se habían cansado de anunciárselo.

El Presidente Juan J. Estrada, que cabalgaba sobre el éxito al través del cuadrante egipcio, se vió de pronto abandonado por el destino y de victimario se convirtió en víctima de éste.

Cuarentiocho horas antes de su caída un hombre misterioso sube con cautela, a las 9 de la noche, la escala oculta del Campo de Marte. Su andar es pausado, su aire de reserva: mirada luminosa y penetrante.

Hay orden de abrirle las puertas: la consigna no va con él y entra a las habitaciones reservadas del Presidente. Lleva traje negro salpicado de gotitas de agua que ha recibido en la calle provenientes de algunas nubes que rastrean bajo el cielo negro de la capital.

(2) El Ministro de la Gobernación José María Moncada estuvo materialmente amarrado con las manos hacia atrás en el Campo de Marte. Lo amarró el Coronel Toribio Romero y sucedió esto en la tarde del 9 de mayo. Lo ataron al bajar la escala que conduce a la residencia y oficinas del Presidente con una cuerda o traba de amarra gallos. Le quitó el revólver el soldado Román Romero. Se dice que en esos momentos tuvo Moncada el ánimo flaco; pensaba seguramente que iba a ser quizá pasado por las armas. Al saber la novedad, el Presidente Díaz ordenó inmediatamente su libertad.

Estrada espera al visitante con alguna ansiedad.

—Y bien, mi buen amigo, dice sonriéndose, y dándole asiento. ¿Qué me dice U. de nuevo? Permanece cerrado el horizonte? ¿Qué confesían los mediums? Sabe U. que ya me estoy volviendo incrédulo! Si la gente supiera estas cosas, se reiría de mí. Personas sensatas conozco que opinan que el espiritismo es una gran superchería.

Nadie cree: mejor dicho, pocos creen en él. En fin, sea lo que fuere, tengo curiosidad de saber eso; dígame U. su secreto: alguna palabra que nos guíe. Han consultado ustedes de nuevo? Que hay? Vamos. Si quiera por curiosidad.

El interrogado se cala unos anteojos para ver mejor al Presidente y luego responde de modo seco, con voz gutural y firme:

—La respuesta de siempre, fatal para U. General. Lo siento mucho, pero es la verdad. No quiero decir nada. Para qué?

Y lo observó cara a cara con mirada tranquila.

Después de breves segundos, añadió:

A los grandes, a los poderosos les gusta oír solamente lisonjas, cosas gratias, en la mayoría de los casos. No les agrada la verdad. Sobre todo, la verdad tuesta. Pero cumplo con mi deber. U. me interroga y yo confieso. No es eso? Yo no soy oira cosa que un medio de revelación. Se me ordena decir a U. una cosa y lo hago cualesquiera que sean las consecuencias.

El Presidente entre bromas y serio:

Pero bien: diga U. todo su pensamiento. Hable con franqueza. No tenga U. ningún temor. Antes que todo soy amigo de U.

El hombre misterioso como si lo hubiera mordido una víbora: Yo no tengo miedo a nadie, General, ya se lo he dicho a U. alguna vez. Voy recto a mi destino con la verdad por norma, con mi conciencia por guía: eso es todo. Lo que hoy le diga, se lo dije ayer. No tiene ninguna novedad. Las respuestas del cielo son uniformes: Si U. no cree: esa es cosa suya. Si duda, yo no tengo la culpa. Si se ríe, peor para Ud. U. caeré pronto del poder: oígalo bien. Pronto y de modo raro, extraño, rápido, casi ridículo. Que quién lo botará? Eso no lo sé yo; pero que su caída es segura; eso sí se lo afirmo. Y ahora disponga U. lo que quiera.

Y aquellos dos hombres quedáronse observando mutuamente con mirada penetrante, investigadora, como la que se aventura por las simas de la conciencia.

El silencio era profundo. Apenas se escuchaba la respiración de ambos interlocutores, notándose que el pecho del Presidente se dilataba o comprimía con alguna violencia.

—Quiere U., dijo de pronto el hombre misterioso, sacando una cartera negra de los bolsillos de su americana ¿quiere U. oír o conocer las últimas palabras de los filósofos?

Y sin esperar respuesta, leyó: "Nuestro hermano que consulta tendrá desazón o quiebra en su alto puesio. Su karma es terminante y preciso: caerá, caerá pronto, y esta será nueva prueba de su fé".

El Presidente que permanecía caviloso, ensimismado, se puso de pies y dijo:

—Rara coincidencia! Me dice U que caeré. Un anónimo que he recibido fechado en Granada me anuncia que seré asesinado y delata a muchas personas comprometidas en el complot. Va a verlo U.

Se dirige a un escritorio, saca de una de sus gavetas un papel doblado y

Lea U, lea U.

El hombre de las gafas ahumadas desdobla el papel y lee.

Aquel pliego es un pliego cruel. Habla de un plan de asesinato y denuncia a personas de importancia. Tiene esta firma: "Mane, Thecel, Phares", del festín de Baltazar.

Comprendiendo la gravedad del asunto —dice apresuradamente:

—No creo que U. caiga asesinado, porque se me hubiera dicho, y no tendría embarazo en comunicárselo a U. Todo anónimo es infame; acusa cobardía, ruindad y misterio. Los Presidentes, los Ministros, los poderosos, no deben dar jamás oído a ello si quieren proceder con tino y sensatez. Cuando una persona no se atreve a firmar una carta es por-

que miente y pretende vengarse infernalmente de otra u otras apoyándose en la autoridad como en un impune testafarro.

El Presidente como distraído:

Yo no doy crédito a eso. Esas son perversidades urdidas para perder a las personas.

Se atizó el bigote, estuvo meditando largo espacio y luego le preguntó bajo el peso de una inquietud:

—Pero bien, que debe hacerse? Cuál es la opinión de U.?

El otro, con resolución:

Solo que U. quiera asumir la dictadura y nombrar un Ministro General. Pero para esto, necesitaría U. hablar con el Ministro americano y pedirle tres jefes militares extranjeros: uno para León, otro para Managua y el tercero para Granada. Sinembargo .

Y el espiritista lo observaba con cierta malicia.

Sinembargo, qué? Acabe U. pronto.

Sinembargo . . Tampoco puede U. hacerse dictador —U. está sólo— completamente sólo.

Estrada inclinó la cabeza, quedó observando el pavimento, respiró con fuerza y repuso con algún desaliento

Ciertamente, estoy sólo. Tiene U. razón.

Y volvió a abismarse en una larga meditación.

De momento y como si hubiera tomado un partido,

Basta, no quiero saber más. Gracias por todo, mi amigo. Ya veremos si podemos forcer ese karma de que U. habla, ya veremos.

Diéronse las manos y espiritista se despidió. Mientras éste se alejaba silenciosamente, decía el General para sí mismo:

Quién me manda preguntar esas cosas? Para qué me he metido yo en estos asuntos? Que me han traído de provecho? Nada: solo malos augurios. Sin embargo, allá veremos. No es tan fiero el león como lo pintan: Ni a mí me meten las cabras tan fácilmente. Mah! Caer yo! Pero como: por qué?

Y quedóse escuchando con atención los pasos acompasados del viajero, que se perdió en la oscuridad de la noche.

Dando un breve puñetazo sobre un velador, exclamó:

Caer! que tontería! Juan Estrada tiene valor y resolución. Claro que sí. Sinembargo . . sinembargo . . Zelaya tenía ambas cosas, o parecía tenerlas y a pesar de eso cayó . . lo boté . . Pero . . en fin: las situaciones no son las mismas, que poco! Hay mucha tierra de por medio: allá veremos: allá veremos.

Y se dirigió al interior del Palacio silbando suavemente el pasaje: "Addió dil passato" de "La Traviata".

BAJO LOS FUEGOS

XXII

Ocupaba el General Estrada una posición excepcional; quedaba en medio de los fuegos de tres fuertes: de la Loma (1) al Sur; de la Guardia de Honor, al occidente, calle de por medio; de las Limas, al oriente. Además, podía ser atacado de la propia Comandancia de Armas, situada dentro de las murallas del Campo de Marte, al Sur de las Limas.

Las baterías de las tres primeras posiciones, colocadas en un nivel superior, lo hubieran aniquilado, barrido.

Suponiendo que se hubieran armado los liberales ¿Qué camino les quedaba? Para ellos el dilema era éste: o se lanzaban al asalto, ya, sobre la marcha, en la oscuridad; o se marchaban con los elementos para hacer una guerra de montaña, fiera, a muerte.

A la voz de Estrada: "váyanse muchachos, retírense muchachos" los liberales lo hicieron, dicen unos que llenos de cólera; otros que resignados, sin protestar.

(1) Hizo explosión a las 4 de la tarde del 31 del mismo mes de mayo. Se asegura que perecieron como cuarenta hombres. Despedazados, carbonizados, fueron disparados a la atmósfera. Un grito de profundo dolor, de consternación se escapó de la Capital, del país entero por tan funesta desgracia.

UNOS NIÑOS EN PELIGRO

XXIII

Los políticos, por lo general, olvidan a sus familias en los momentos de lucha o se acuerdan de ellas cuando ya las dificultades los ahogan. La pasión, el sentimiento en favor de una causa o un propósito, los domina. Primero quieren triunfar, vencer. Parecerá esto un contrasentido, una antinomia, pero es la verdad. Al calor de las pasiones, las postergan, no obstante, cosas raras, que quizá las tienen muy presentes al combinar, como decía Héctor Varela.

Cuando el Presidente Estrada combinaba sus planes que debían dar por resultado la prisión del Ministro Mena y la presencia de los liberales en el Campo de Marte, olvidó a sus hijos, tal vez no a su esposa que es un temperamento.

Y cuando el drama empezó a desarrollarse a las once de la noche, los niños dormían. Dormían bajo el mismo techo que serviría de teatro a la lucha: bajo el mismo techo donde estaba el Presidente, sobre el cual las piezas de artillería de los fuertes vomitarían fuego en caso necesario.

Una respiración suave, iraquila, se escuchaba detrás de algunas cortinillas blancas: la respiración de la inocencia: eran los niños a quienes el sueño acariciaba y mimaba con celo benéfico, reparador: eran los hijos del Presidente que reposaban a la orilla de un abismo, sobre el volcán de las incertidumbres.

Señora — dice la madre a la aya — acueste a los pequeñuelos. Ella obedece y ellos también. Invocan primero a Dios, a un Dios bueno de que han oído hablar, que está allá en los cielos, muy amigo de los niños, después al Ángel de la Guarda. Dan un beso a mamá, otro a papá, si es posible y luego a dormir.

Si la lucha se hubiera entablado, las granadas habrían caído sobre ellos y quien sabe lo que hubieran sido de aquellos cuerpecitos frágiles.

Pensó en este peligro el General Estrada cuando ya en medio de las dificultades hizo rápidamente el breve inventario de su situación antes del depósito? Fué acaso ese temor el que lo decidió allá en la intimidad de su conciencia a más bien la inseguridad de su impotencia militar?

Uno de los artilleros decía: No esperábamos más que una leve señal para empezar a arrojar bombas sobre la casa presidencial.

Y los niños, le interrumpí, y la familia?

Esa es cosa del General Estrada, contestó — Por qué había provocado el peligro?

DR. CARLOS CUADRA PASOS

XXIV

Cuando los acontecimientos que refiere este libro, era Secretario Privado del Presidente Estrada. Pero antes que Secretario fué privado de aquella situación. Es amigo íntimo del Señor Presidente Díaz.

El señor Cuadra Pasos es Abogado. A ratos perdidos, escribe para la prensa. Fué Diputado a la Constituyente que disolvió el General Estrada. Ahora es miembro de la Comisión Mixta. Tiene treinta años, frente despejada y color moreno.

Cuando le pedí autorización para consignar en estas páginas sus ideas expresadas en el No. 4,350 de "El Comercio" me contestó:

—Bien puede U. hacerlo — Y si Ud. desea algún dato más, con gusto se lo daré.

Después hablamos de los tiempos idos, cuando la publicación de "El Periódico", hoja de combate, en la cual colaboré más de una vez. Fué en ella donde sostuve con Enrique Guzmán la ruidosa polémica que originó sus célebres "Dosis refractas" de erudición y labor. Cuadra Pasos era entonces pasante en Derecho y pertenecía a la juventud batalladora del país cuya causa había yo defendido en mi primer artículo "Las dos fuerzas" causa eficiente de la polémica.

Recuerda U. —decía— Conservo sus artículos, entre ellos el "Nomíativo Yo".

Hombre de observación Cuadra Pasos y de fácil palabra, ocupaba alta posición en la política actual como soldado fiel del partido conservador. León Pagano decía de un literato peninsular: es un español de España. De Cuadra Pasos se puede decir, parodiando, es un granadino de Granada. Ama ardientemente su ferriño.

Por su carácter reservado es poco conocido entre la juventud intelectual de Nicaragua.

Uno de los repórters de "El Comercio", dice:

Aprovechando una oportunidad entrevistamos ayer al Dr. Carlos Cuadra Pasos con respecto a su participación en los sucesos políticos últimamente desarrollados, y nos hizo la narración siguiente:

Como es ya bien sabido por el público, don Adolfo Díaz y yo, regresamos de Corinto en compañía del General Mena a las dos de la mañana del martes.

Capturado el General Mena al bajar del tren, y recibiendo en ese mismo instante noticias de que el Campo de Marte estaba en poder de los liberales, me fuí a mi casa de habitación por calles donde pudiera tener menos peligro.

Al llegar a mi casa encontré a don Alejandro Cárdenas, don Benjamín Vargas, Coronel Hildebrando Rocha y don Leopoldo Pasos.

Se hablaba de que todo estaba perdido; pero siendo indispensable tomar una inmediata determinación resolvimos que se fuera a Granada el Coronel Rocha, quien salió a las tres de la mañana, acompañado por un antiguo y fiel sirviénte de nuestra casa, llamado Carlos Lacayo puesto por nosotros a su disposición.

Quedamos nosotros en expectativa, y alistándonos para salir también a Granada.

Mis compañeros estaban exaltadísimos, y uno de ellos se expresaba en términos duros del General Estrada, a quien acusaba de haber vendido al partido conservador, cuando oíamos llamar a la puerta.

—Quién es — pregunté.

Estrada — me contestaron.

Abrí la puerta y entró el Presidente Estrada, quien nos dijo más o menos estas palabras:

Es falso que yo haya entregado la plaza a los liberales. Todo lo que sucede es un paso político para quitar al General Mena; pero esto no quiere decir que yo rompa con los conservadores, y vengo cabalmente a suplicarles que pasen al Campo, a acompañarme . .

Mientras el General Mena no esté en libertad — le contestó Cárdenas — no iremos.

El General Estrada nos dijo, además que había llamado por teléfono a don Adolfo Díaz; pero que no quería llegar al Campo por saber que estaba en poder de los liberales, lo cual se lo había desmentido categóricamente.

Y como insistiera en que lo acompañáramos al Campo, nos apartamos un poco de Estrada a cambiar opiniones, y manifesté a Cárdenas y a Pasos que era necesario que fuéramos, para impedir que las armas del Campo pasaran a otras manos.

Pocos momentos después llegó don Adolfo Díaz a quien el General Estrada repitió lo que a nosotros nos había manifestado. Don Adolfo y el General Estrada se fueron donde don Tomás Martínez. Regresaron media hora después, suplicándome el General Estrada que saliera a conferenciar con los conservadores prominentes, proponiendo un arreglo sobre las siguientes bases:

Primera — Que entregaran el fuerte de San Francisco al General Luis Correa, para evitar derramamiento de sangre.

Segunda: — Que él a su vez entregaría la plaza de Managua, con todas sus armas y fuerzas al General Frutos Bolaños Chamorro, quien quedaría investido con el carácter de Comandante de Armas.

Si no aceptan estas bases —me dijo el General Estrada propongo finalmente esta otra:

—Yo renunciaré formalmente de la Presidencia de la República y el General Mena que renunció del Ministerio de la Guerra, y ambas renunciaciones las sometemos a la Asamblea Nacional para que resuelva el asunto; pero siempre con el cumplimiento de las otras dos bases, para que no se crea que yo pongo mi renuncia bajo la presión armada.

Al punto consideré favorables estas bases para los intereses generales del partido conservador, puesto que todos los Diputados pertenecen a ese credo, y por eso fué que acepté la comisión de ir a Granada, partiendo enseguida en un tren expreso.

Al llegar a Granada invité a las personas conspicuas del partido conservador, y las expuse las dos primeras bases, comunicando la tercera únicamente, y en reserva, a don Pedro Joaquín Chamorro.

Invité al Coronel Hildebrando Rocha, a los Doctores Joaquín y Pedro Gómez y otros jóvenes distinguidos pero me contestaron que asistirían a la cita un poco más tarde, y por eso mi conferencia con ellos no se pudo verificar hasta las tres p.m.

El resultado de esa conferencia es suficientemente conocido para repetirlo.

Poco después se recibió aviso del depósito de la presidencia en don Adolfo Díaz, y por la fuerza de la corriente de la opinión pública en Managua a favor del General Mena, consideré de hecho terminada mi misión.

UN VERDADERO DIPLOMATICO

XXV

¿Sabía el Ministro americano Mr. Elie Northcott que el Ministro Mena iba a ser apresado por el General Estrada? — Sí lo sabía — ¿quién se lo dijo o por cuáles medios indirectos lo supo?

Al ser interrogado por el redactor de un diario de la localidad, Mr. Northcott negó en redondo. No sabía nada.

Sin embargo, el General Aurelio Estrada afirma que su hermano el Presidente le aseguró que sí sabía.

Un corresponsal del mismo periódico hizo en Corinto al General Juan J. Estrada en vísperas de su marcha esta pregunta:

—Tendría U. la bondad de decirnos si es exacto lo que afirma el General Aurelio Estrada en "El Comercio" de hoy, sobre todo en lo que se refiere a la conformidad previa del Ministro americano con los sucesos del lunes.

El expresidente contestó:

—Respecto a lo que dijo mi hermano debe resultar cierto lo asegurado por él.

Hay que fijarse bien en la respuesta: "debe resultar, cierto". Es decir, investigando, preguntando, talvez se llegue a saber alguna cosa.

Pero qué camino seguir ante la negativa rotunda del diplomático? En la balanza de la verdad, cuál de las dos opiniones tiene más peso?

Hay que tener presente que Mr. Elie Northcott es gran diplomático, hombre de mundo, de gran versación en los asuntos políticos. Pero también hay que tomar en cuenta que el General Juan J. Estrada es, ante todo, un político que sabe el alcance de una palabra.

No conocía yo a Mr. Northcott. Lo ví de lejos por primera vez tomando los aires de la Capital en carretera abierta una tarde hermosa de mayo. Después lo observé de cerca en una cervecería. Pantalón blanco, americana negra, sombrero acanalado de jipijapa, cañita de indias en la mano. La falda de la americana se le había recogido a su excelencia sobre la culata de un brillante revólver que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Porte elegante, aire distinguido, ojos azules, mirada tranquila.

Ese hombre — dije a un Abogado con quien tomaba un servicio de cerveza: ese hombre debe tener gran poder de voluntad.

Acompañaba al señor Ministro de Estados Unidos el Subsecretario de Relaciones don Alberto C. Ramírez quien solícitamente le mostraba las panorámicas bellezas del lago de Managua.

Dormía tranquilamente todavía el honorable señor Ministro o aparentaba dormir, cosa difícil de averiguar en un diplomático, (1) en su lujosa residencia que tiene en la "Sarracena", cuando llegó de improviso como a las siete de la mañana del 9 de mayo el General Juan J. Estrada e hizo que le pasaran recado de que lo buscaba. Iba a "darle cuenta de los sucesos de anoche" dice la prensa.

El caballero que acompañaba al señor Estrada empezó a hablar en alta voz al diplomático y entonces éste se apresuró a salir del dormitorio casi en deshábille encontrándose frente a frente con el primero.

La escena que ocurrió entre los dos personajes la refiere el redactor quien se constituyó expresamente en la Legación americana con el exclusivo objeto de averiguar si el honorable señor Ministro sabía o no sabía.

Con el título "El Ministro Northcott y los sucesos del martes" dice:

"Con el objeto de averiguar si era o no cierto que el señor Ministro Northcott sabía desde antes del martes lo que el General Juan José Estrada había resuelto llevar a cabo en la persona del General Mena, estuvimos ayer en la Legación americana.

Sobre la mesa de trabajo del señor Northcott estaba un número de "El Comercio" de ayer, y preguntamos al señor Ministro que si ya había leído el artículo del General Aurelio Estrada, y nos contestó al instante:

—Ya lo leí, en efecto, pero es de todo punto inexacto que el General Juan J. Estrada haya contado conmigo para proceder contra el General Mena. Yo no supe su determinación sino hasta el martes a las siete de la mañana en que el propio General Estrada vino a la Legación para comunicármelo.

Y por lo que toca al General Mena debo manifestarle que en todo aquello en que he tenido que tratar con él he encontrado a un hombre de palabra, como lo puede atestiguar el fiel cumplimiento que le ha dado, en la parte que le corresponde, al convenio suscrito ante el señor Ministro Dawson.

Tal es lo que nos dijo el señor Ministro Northcott.

Además, estamos perfectamente informados de lo siguiente:

El General Mena manifestó hace días al señor Northcott que tenía noticias de que el Presidente Estrada haría algo en su contra, no obstante de que él prestaba todo el apoyo de que era capaz.

Añadió al propio tiempo que tenía suficiente fuerza para defenderse pero prefería que ese caso no llegara.

El señor Northcott puso esto en conocimiento del Presidente Estrada, quien le respondió:

Faculto a U. para decir de mi parte al General Mena que esos informes que le han dado son falsos, y que puede estar tranquilo.

El viernes 5, dijo el señor Northcott, al General Mena, ante varios caballeros, entre ellos el Doctor Ignacio Suárez, estas palabras:

—He hablado con el señor Presidente Estrada y me encargó hacerle presente que no son ciertos los informes que le han suministrado. Puede U. estar tranquilo y le prometo bajo mi palabra, que U. no será molestado siempre que yo pueda evitarlo.

Pasaron tres días.

El martes a las siete de la mañana llegó el Presidente Estrada a la Legación americana; el señor Northcott estaba en su dormitorio, y el caballero que le acompañaba al Presidente dijo en voz alta al señor Northcott.

—El Gral. Estrada desea darle cuenta de los sucesos de anoche.

Qué sucesos? — preguntó el señor Ministro, saliendo de su habitación.

Los que se relacionan a la captura del General Mena.

¡Capturado! Y por qué?

Porque estaba conspirando.

Y qué es lo que ha hecho?

(1) Richelieu decía: Yo duermo con un ojo y cuando me fatigo, lo abro y empiezo a dormir con el otro. Maquiavelo aconsejaba: Un diplomático debe dormir cuando le convenga y no cuando tiene sueño. Quevedo: Los diplomáticos son los grandes zorros de la historia que duermen o duermen, según el caso.

Dijo al General Moncada que renunciara.

—Pero eso no es conspirar!

Estrada expuso al señor Northcott otras razones de orden particular y por fin se retiró pidiéndole que se interesara para evitar una lucha armada, a lo que el diplomático americano contestó que recogería informes enseguida para contribuir al restablecimiento del orden.

Después el Cónsul inglés solicitó permiso para hablar con el Gral. Mena, pero el Gral. Moncada demoró la respuesta. El Sr. Northcott obtuvo enseguida el permiso por medio del Gral. Estrada quien también dió la orden, por teléfono, a pedimento del Sr. Northcott, para que el Gral. Mena fuera conducido al Consulado inglés".

ATAQUE A LA PENITENCIARIA

XXVI

TOMAS ALVARADO

Un hombre encanecido, como de 60 años. El mismo que persiguió Zelaya por la voladura del Cuartel Principal de Managua y a quien un Consejo de Guerra condenó a 15 años de reclusión en el 2º proceso junto con don Marcial Solís. Fué célebre este proceso pero de menor intensidad dramática que el anterior, el relativo a Costío y Guandique.

Alvarado tiene cuerpo fuerte, mirada perspicaz como la de un hombre acostumbrado a escapar siempre y que encuentra sospechoso hasta el movimiento de una hoja.

Es originario de Managua, hijo del pueblo. Fué el principal héroe de la jornada del 21 de diciembre de 1910, día en que depositó el General José Santos Madriz. El primer acto de Gobierno de éste fué decretar la libertad de los reos políticos encarcelados en la Penitenciaría por orden de Zelaya.

Las grandes masas populares corrieron delirantes en dirección de aquella tétrica prisión llevando la orden de libertad de puño y letra del Presidente Madriz. Alvarado fué conducido en triunfo desde aquel lugar, situado en los suburbios de la Capital hasta las lujosas habitaciones del "Gran Hotel" en donde se alojaba el Doctor Madriz: la multitud lo llevaba en hombros. Yo lo ví sin sombrero y con una banda azul y blanca cruzada sobre el pecho. Su aspecto era el de un anacoreta. Tenía el pelo muy largo y la barba blanca tan crecida que le llegaba a la cintura.

Cuando el pueblo hizo alto frente a los balcones del edificio, el Doctor Madriz que era aclamado constantemente y que se encontraba en el segundo piso, salió afuera. Alvarado hizo uso de la palabra: estaba emocionado, tenía húmedos los ojos y sus piernas descansaban en esos momentos sobre los hombros del Doctor Luis Gurdíán, de don Julio Navas y otros caballeros que no recuerdo. Habló su lenguaje sencillo. Dijo que con él se había cometido una injusticia y podía el castigo para sus opresores. Su voz era fuerte, vibrante, cortada.

El encierro de la celda le había dado un color lívido y un tinte de desolación se reflejaba en su semblante. La historia de su desgracia, referida por él mismo, conmovió al auditorio, que lo aplaudió, lo ovacionó, lo aclamó.

Después se oyó este grito como un trueno: ¡Qué hable el Doctor Madriz. Viva el Doctor Madriz!

Madriz habló: Su palabra fácil y elocuente fué calurosamente aplaudida. Venía, dijo, a procurar la paz, a interesarse por la facilidad y la concordia de los nicaragüenses: — de esta tierra para mí tan querida — agregó — abrumada por el peso de tantas desgracias y martirios cuyas instituciones estaban a punto de naufragar en un océano de sangre".

Pues bien, a ese mismo Coronel Alvarado me lo encontré caballero en parda mula en la calle principal del interior del Campo de Marte una tarde del mismo mes de mayo. Me hallaba allí en solicitud de una entrevista con el General Mena. Alvarado iba a toda velocidad de la cabalgadura con el aspecto y aires muy diferentes de los que tenía el célebre 21 de diciembre. Llevaba sombrero de fieltro en el cual ostentaba ancha divisa verde.

Coronel Alvarado, Coronel Alvarado! Permítame U.

Paró de golpe la mula y me escuchó. Le dije que deseaba sus informes respecto al ataque del 9 sobre el cuarto de la Penitenciaría de la cual es Alvarado Comandante.

Llegue U. por allá. Se los daré con mucho gusto. Si señor. Le daré los fonfores que U. desea: no hay inconveniente:

Dice: — el martes 9 de mayo como a las diez de la mañana, me atacaron en el cuartel de la penitenciaría algunos grupos de hombres armados en número como de doscientos. Llevaban en los sombreros divisa roja y por los estragos de las balas y su detonación conjeturo que tenían tres clases de armas de fuego: infume, lebel y remington. Yo me defendí con diez y nueve hombres que pelearon con valor. Los saqué fuera del edificio y los desplegué en guerrillas. De modo que luchamos a campo raso. Tuve cuatro heridos de mi parte. De parte de los asaltantes hubo cinco muertos; pero de los heridos no puedo precisar el número. La lucha duró una hora y después de haberse declarado en derrota los perseguí como frescintas varas. No tenía noticia cierta de que sería atacado: solo sospechas. Estas las fundaba en el hecho de que me debilitaron el cuartel quitándome el día anterior veinte plazas de orden de la Comandancia General y por los informes de algunos amigos. El primer jefe de los asaltantes era Manuel Arróliga y el segundo Onofre Silva. Hubo otros como Justo Rocha y Manuel Solís. Lo he sabido por confesión del mismo Arróliga. Cuando terminó el fuego, tenía ya a mis órdenes como cuarenta hombres: los conservadores habían corrido a incorporarse, a ayudarme. Uno de ellos don Samuel Zelaya, cuyo valor reconozco.

Y no teniendo más que expresar el Comandante de la Penitenciaría guardó silencio. Esas frases me las dijo el 26 de mayo en su oficina, un cuarto cudrangular, sin cuadros, ni adornos, de ladrillo y rojo, como todo el lúgubre y colosal edificio. Las centinelas hacían una guardia activa con rigurosa vigilancia.

UN TESTIGO DE MEXICO

XXVII

Permanecía en paz en su casa de habitación el General Demetrio Vergara cuando empezaron a circular en la ciudad algunos rumores que afectaban su reputación de soldado. Esos rumores lo asombraron primero, lo indignaron después. Claro! la injusticia indigna! Ya indignado se lanzó a la prensa y publicó sus descargos.

En ellos dice:

Ante todo, hay que dar breve idea del General. Algunas veces ven Uds. pasar por las calles de la Capital un caballo alio, hermoso, y sobre ese caballo a un jinete menudo, con ojos saltones y vivos, sobrebotas, junquillo y sombrero de ala caída encima de las cejas. El jinete le dice a U. con voz melosa: "Adios paisano!"

Ese es Vergara.

Como militar, valiente, como amigo, dicen que es bueno.

En tiempos de Zelaya, al cual sirvió mucho tiempo, Vergara estuvo a punto de llegar a diplomático. Iba a ser Cónsul de México. Casi seguro del nombramiento, mandó fabricar el escudo y los muebles del consulado: también un escaparate para libros. Yo le ofrecí dos obras, por si llegaba el caso, para orientarse en el oficio: "Derecho Internacional" y "Derecho diplomático".

Soplaron malos vientos de intriga y Vergara no fué Cónsul. Zelaya se negó a ponerle el exequátur a su nombramiento. Me decía —dice Vergara— que desistiera yo de ser Cónsul y que iba a hacerme rico. Vea, Vergara — U. con dinero será más que Cónsul, más que Cónsul. Y no firmó — paisano — no firmó.

Vergara quedó desahuciado, pero también herido, resentido. Como dicen; con la espina en el alma.

Algunos años después se marchó a Bluefields. Cuando el General Estrada le dió fuego a las praderas políticas para envolver a Zelaya, según la frase de un poeta decadente, Vergara se fajó la cola de gallo (1)

(1) Caló militar: espada

se presentó a las filas revolucionarias y peleó en su favor.

Seguramente se acordaba del Consulado perdido. ¡Córcholes! Y gritaba con entusiasmo a los soldados: ¡Fuego — muchachos ¡fuego!

Vergara es talabartero y militar. Después de la caída de Estrada cayó gravemente enfermo. Así lo encontré, con un color cetrino, sin afeitarse, peludo, en un cuarto sombrío, a media luz. Estaba acostado en una hamaca, en ropa blanca, con gafas verdes detrás de las cuales me espiaba, doliente, casi lírico, bajo el peso del dolor.

—Siéntese U. siéntese U. Y me refirió con voz cansada parte de la historia de su vida.

Jamás he sido traidor, todo defecto puedo tener pero soy leal. En "El Recreo" fui el primer jefe que hizo los primeros prisioneros. Al Coronel Tomás Bravo le quité las máquinas y se rindió cuando le puse mi revólver sobre el pecho. No se mueva U. paisano, no se mueva, o lo mato.

—La gente le achaca a U. un defectito. Dice que gusta a Ud. matar, fusilar a los vencidos.

Al oír esto su mirada se hizo sombría, brilló como un relámpago.

Eso es falso, repuso: yo no soy asesino. El General Zelaya lo sabe bien. Una vez, y ya que viene el caso, me buscó para una operación importante en Guatemala y no quise aceptar. Me ofreció diez mil pesos. Yo le pedí cincuenta mil. Si me los hubiera dado, con ese dinero me hubiera ido del país pero no hubiera hecho la operación. Zelaya lo comprendió así y no me dió nada. Es muy vivo ese hombre.

Y fatigado por la conversación volvía a acostarse.

Dice Vergara en su relato que publicó:

"Por disposición de autoridades militares superiores, a raíz del triunfo de la revolución, todas las noches iba a la Casa Maia del Campo de Marte a prestar mis servicios como jefe. La noche que correspondió al día 8 del corriente, sintiéndome mal de salud envié a mis ires ayudantes. Pocas horas después se llegó a mí un edecán de la Comandancia General diciéndome que me llamaba el General Estrada. Me hice presente en el Campo de Marte y no lo pude ver. Cuando volví, encontré al señor Presidente Estrada, quien dirigiéndose a mí, me dijo:

—General Vergara, le he mandado llamar. Váyase a la Loma.

Cumplí la orden, ya en la Casa Maia, el General Estrada me llamó por teléfono, y dijo:

General Vergara: tengo noticia de que por el lado de León, en el camino carretero que sale al de Masaya, vienen carretas con armas que van para allá. Urge mandar una comisión de buenos muchachos si es posible con U., caso de no estar Palacios, para que las capturen. Me gustaría que los muchachos fuesen nandaimos.

Procedí inmediatamente a organizar la comisión de nandaimos, que puse a las órdenes del Coronel Palacios, quien se ofreció para desempeñar la comisión, y los hice salir en el acto. Me preguntó el General Estrada que si había cumplido su orden, y al contestarle afirmativamente y darle el informe, dijo, llamando al Coronel Noguera, que tomó el aparato:

—Que venga el Coronel Salvador Noguera a recibir órdenes de la Comandancia General.

Ya voy, General Estrada — respondió el llamado.

Noguera bajo, y ya no volvió. Por teléfono dije entonces al General Estrada:

Urge mandar gente para reponer los vacíos que han dejado los nandaimos.

Llegará Víquez con una recluta — me contestó Estrada.

Al rato apareció Víquez con 50 números. No se cubrieron los vacíos convenientemente, pero sí fueron colocados donde estaban las piezas. Enseguida se bajó, subiendo poco después con el General Moreira, quien dirigiéndose a la tropa, dijo:

Reconocerán ustedes como primer jefe de esta Loma, al Coronel Bartolomé Víquez. No otro jefe más que él.

¿Y como quedo yo, General Moreira? le dije.

Usted queda aquí ayudándonos — contestó el General Moreira.

Bajaron nuevamente Moreira y Víquez, y en la madrugada que éste subió me dijo que como que había algo, que el General Mena esta-

ba en León, y que el General Inocente Moreira era el Ministro de la Guerra y Marina.

Ya en la mañana volvieron los nandaimos. Preguntaron por su jefe, y como supieran que no estaba, pidieron inmediatamente la baja. Yo les decía que se fueran a su puesto, y les mandé a dar ropa, porque estaban mojados. Insistieron pidiendo la baja, y entonces el Coronel Víquez les recibió el equipo.

Mas tarde, el mismo Coronel Víquez me informó que el General Estrada había depositado la Presidencia en don Adolfo Díaz. Poco después fué el ataque a la Penitenciaría. Desde la Loma yo lo veía. Por teléfono pedí orden a don Adolfo Díaz y éste me dijo:

Permanezca en su puesto, General Vergara. Yo no quiero que haya derramamiento de sangre; todo se arreglará; pero si atacan la Loma, defiéndala.

Esa es toda mi participación en los sucesos del 8. No fué sino hasta después que supe la prisión del General Mena.

Los Generales Estrada y Moncada, nada, absolutamente nada, me dijeron; y si me hubieran dicho algo, o me hubieran invitado a proceder contra el General Mena, antes que aceptar, me habría retirado, a pesar de reconocer mi posición de inferior o subalterno como militar, la obediencia que se debe al Comandante General.

Tengo para el General Luis Mena deberes de profunda gratitud y fraternal compañerismo. Juntos compartimos los azares de la guerra y después del triunfo ha sido generoso conmigo".

Termina Vergara protestando fuertemente su lealtad de soldado.

EN MARCHA

XXVIII

Me encontraba en una de las barberías esperando turno y observaba un retrato de la bailarina Guerrita, y leía después un aviso crudo, sarcástico, del establecimiento: "No se admiten vagos pobres, ni picados de mal guaro" cuando llegó la noticia: Se va Estrada, allí va, se marcha!

Salí a la calle de modo rápido para verlo partir. Efectivamente al rato de esperar en la Avenida Central ví aproximarse un carruaje elegante, sin coraje, silencioso, con un grupo de viajeros.

Era el señor Estrada que marchaba espontáneamente al destierro como se han ido tantos otros.

Una banda de pilluelos cual enjambre de pájaros locos corría detrás, riendo, jugando, saltando.

Uno de ellos, con el sombrero en la mano, picaruelo, encanijado, canturreaba esta copla vulgar de las Sierras.

"Los Ministros se murieron
con dolor de la vecindad;
y los pobres no supieron,
cuál era su enfermedad".

Llegó a la Estación Central acompañado de su esposa e hijos e inmediatamente el "express" que lo esperaba se puso en movimiento. Eran las 9 de la noche del 9 de mayo.

Con Estrada iban además el Ministro Moncada y el Doctor Adolfo Toledo.

A pasar por las calles silenciosas de la capital no se le dijo ni un muera, ni se le hizo un reproche.

No lo amenazaron tampoco las descargas de fusilería que pusieron en peligro de muerte al infortunado Doctor Madriz.

El pueblo indiferente ni lo hostilizó ni lo aclamó. Lo vió marchar sin hacer ninguna clase de demostración. Para esta actitud talvez pesaba en su criterio la consideración de que Estrada había tenido la audacia de enfrentarse a Zelaya cuando éste se consideraba más fuerte y seguro en el poder.

Había caminado en medio de la penumbra bajo un cielo encapotado al indeciso reflejo de las escasas luces del alumbrado eléctrico. Tres jóvenes artesanos lo esperaban en La Estación para despedirlo. Pertene-

cen al grupo de los que estuvieron deportados en la Costa por disposición del Gobierno del General Zelaya.

Estrada no iba abatido, no así Moncada que se veía bajo el peso de un gran desaliento. Al contrario, Estrada sentía por el momento, como alegría de haber dejado eso; es decir, la Presidencia, al centro de la industria, la ambición y la lucha, sobre el cual se oyen constantemente en Hispanoamérica la voz de los cañones de disputa.

Iba comunicativo. Al llegar al tren se encerró en un mutismo absoluto.

Cuando aquel se puso en marcha en esas lluviosas noches de invierno, negras, fascinerosas, como dice el poeta, Estrada se acomodó en su asiento, Moncada y Toledo en el suyo y dieron forma de dormir.

Solamente una persona velaba: la esposa del Presidente. Alma fuerte, se sobreponía a las fatigas y vigilaba.

El tren corría a escape, resoplando, chirriando, sacudiendo sus músculos de acero. Al romper las finieblas dejaba en el aire un raudal de chispas que subían o bajaban en gigantesca espiral como viva legión de luciérnaga de oro.

Fué feliz el viaje y al asomar la aurora el "express" entraba a Corinto, el puerto hermoso, imperial.

Fué fortuna la suya, gran fortuna, haber salido en la forma y bajo los auspicios que lo hizo. En las agitadas repúblicas de América, tornadizas, volubles y tempestuosas, sabe un hombre como llega a la Presidencia pero no cómo saldrá de ella.

Dice Victorino Lastarria: —"Al que está arriba le preocupa a menudo esta pregunta: ¿Cómo caeré yo? Y efectivamente.

Unos bajan por el camino de la ley: son los felices. Otros caen peleando con el rifle dirigido contra el pecho de sus enemigos, como Domingo Vásquez: otros salen materialmente huyendo como los Ezetas; a otros los matan, como le aconteció a Reina Barrios.

Estrada se fué tranquilo solamente con la desazón de haber perdido la partida de ajedrez que estaba empeñado en ganar y que había combinado con el Ministro de la Gobernación.

EN MARCHA

XXIX

11 días permaneció en Corinto el expresidente Estrada esperando vapor. Salió por el mismo puerto por donde salieron el Doctor Roberto Sacasa, el General José Santos Zelaya y Doctor José Madriz. Pasaba las horas muertas, ora jugando, ora paseando a orillas del mar.

Dice un cronista:

"En los últimos días, el que por ocho meses fué mandatario de la tierra nicaragüense, se entretenía en jugar partidas de dominó en el Hotel Corinto. Al menos era ese un medio de olvidar los sinsabores que producen los vaivenes de la suerte.

El día de la partida del General Moncada, el General Estrada anduvo paseando de bracero con aquel, a largo de la playa del mar. Nadie fijaba en ellos la vista, y pasaban como cualquier desconocido ante sus compatriotas indiferentes".

VACILACIONES

El mismo cronista que sigue los pasos del expresidente avisa por telégrafo:

El General Juan J. Estrada, en la tarde del 20 de Mayo no había resuelto todavía si se embarcaba para el Sur o para el Norte. En Corinto estaban el City of Sidney que iba a zarpar para el Sur y el Perú que iba a salir para el Norte".

Es natural esa vacilación. Marchó rápidamente de la Capital que ni tiempo tuvo de firmar el decreto del depósito. La firma fué a reco-

gerla a Corinto en el Libro Matriz el Secretario de la Presidencia doctor don Benjamín Cuadra. En el Hotel Corinto y a las 11 de la mañana del 16 de Mayo firmó el Sr. Estrada. Si fué veloz su marcha, tan inesperada su caída, natural es que vacila acerca del punto a donde debía dirigirse al abandonar Nicaragua. Esto en cuanto a las dificultades generales que tiene todo hombre al verse, como se veía él, en una situación excepcional. Por lo que hace a las razones particulares, la situación exterior se le presentaba en esta forma: si marchaba para el Norte encontraría talvez en Guatemala o El Salvador a los liberales que había desterrado, comiendo el mismo pan de ostracismo que él comía, y quizá vería también al General Emiliano Chamorro.

Si marchaba a Costa Rica, tropezaría con la mirada irónica aunque tranquila de Julián Iruas. Si a Europa, talvez le saliera al paso el General J. Santos Zelaya. ¿Adónde ir entonces? Estrada ama la vida del hogar, la vida de familia, quiere reposo, pero también no quiere ser olvidado. Necesita un centro de cultura donde se le oiga. Tiene algún cultivo mental, le agrada la literatura y aun escribe para la prensa. ¿Adónde ir de veras?

Un corresponsal le pregunta en Corinto: Al embarcarse U. en este puerto hacia donde piensa dirigirse?

Estrada —Mi propósito es ir a Bluefields, pero no he resuelto todavía si fijo mi residencia allí.

—Cómo se ha sentido U. en Corinto durante su obligada permanencia?

—Muy tranquilo y satisfecho pues no me consideré como Presidente porque nunca tuve mando.

Y entonces, dice el corresponsal, ¿cómo explicaría U. los últimos sucesos?

Lo sucedido últimamente lo hice para saber si era o no Gobernante. Quise destruir a Mena, quien no me convenía en mi gobierno porque contrariaba siempre mis disposiciones".

Ante la declaración que hizo de ir a Bluefields a prensa dió la voz de alarma. Dijo al Gobierno que no convenía porque era capaz de patrocinar un nuevo levantamiento en la Costa y de proclamar su separación. Cerrada esa puerta. ¿A dónde ir?

Estrada, después de pensarlo mucho, marchó a Guatemala. He aquí un despacho telegráfico de Corinto dirigido a "La Tarde" 22 de Mayo:

Anoche a las 8 zarpó con destino al Norte el vapor "Perú". En el se embarcó el expresidente General Juan J. Estrada y su familia.

Estuvo en la Capital de Guatemala casi de incógnito. Así lo avisa un corresponsal del "Diario de Nicaragua", el 13 de Junio.

Dice:

Después de haber permanecido ignorado y casi de incógnito durante varios días en el "Hotel Americano", el expresidente Juan J. Estrada su familia, partió ayer a Estados Unidos".

"The Times Democrat" de Nueva Orleans, correspondiente al 15 de Junio, dice:

"El General Juan J. Estrada, quien depositó la Presidencia de Nicaragua llegará a ésta esta tarde con su familia en el vapor "Heredia". Ayer se recibió aviso inalámbrico de la llegada y varias de las personas prominentes de la colonia nicaragüense estarán en el muelle para encontrarlo.

Las personas entendidas en asuntos de Nicaragua dicen que Estrada quedará solamente poco tiempo en Nueva Orleans. Saldrá directamente para Washington para tener una conferencia con el Departamento de Estado sobre la situación".

BAJO LA DICTADURA DEL REPORTER

XXX

Al llegar a la Gran República, Estrada entró de golpe en el torbellino de la prensa. Los repórters lo acosaron, lo asediaron. Tomaron de él infinitas fotografías en toda clase de actitudes y su nombre voló en alas

de las rotativas como nota de sensación. Viene de allá, del país indígena, y ha sido Presidente!

Y le preguntaban y le repreguntaban y lo examinaban, y lo auscultaban. Qué viene a hacer U. aquí? Qué quiere? Qué trae? Como queda aquello? ¿Todavía se pintan aquellos indígenas? ¿Hay negocio por allá, hay dinero, hay miseria? ¿Qué hizo U. como Presidente? ¿Por qué cayó U.? ¿Quién lo derribó? ¿Tiene U. familia? Tiene fortuna?

El repórter es un dictador. Se impone con sus asedios, con su malicia y su investigación tesonera.

Por último, le hicieron la gran pregunta: ¿Hará U. la guerra? y él ha contestado "No".

He aquí el cable de Washington:

"20 de Junio 1911 — La "Prensa Asociada" avisa que el General Juan J. Estrada que se encuentra en este país ha declarado por la prensa que no le hará la guerra a don Adolfo Díaz, actual Presidente de Nicaragua en quien depositó el poder".

LA MUNICIPALIDAD DE GRANADA

XXXI

Granada, 11 de Mayo de 1911.

Señor General don Luis Mena.
Managua.

Tengo el honor de transcribir a U. el acta que la Honorable Corporación Municipal, en sesión de hoy, tuvo a bien levantar:

Sesión XX ordinaria, del once de Mayo de mil novecientos once, celebrada por la Municipalidad de Granada, bajo la presidencia del Alcalde don Alejandro Marengo y con Asistencia de los regidores Argüello, Gutiérrez y Arana, Alvarado G. y Poessy, ausentes.

"En presencia de los sucesos ocurridos finalmente y considerando: que el expresidente de la República, General Juan J. Estrada asociado del exministro de la Gobernación General José Ma. Moncada, y apoyado por el liberalismo de Nicaragua violando las solemnes promesas hechas tantas veces y los compromisos contraídos con el partido conservador, intentó un audaz golpe de mano, apoderándose por medios traidores de la persona del señor Ministro de la Guerra, General Luis Mena, al mismo que trataba de sobornar a los jefes militares de los cuarteles de la Capital para lanzarlos contra el partido conservador.

Considerando: Que debido a la lealtad a toda prueba de los jefes militares de los cuarteles de Managua, a la energía y entereza de los miembros del partido conservador de la Capital, Masaya, de esta ciudad, incluyendo al levantado y heroico pueblo de Nandaine, se pudo conseguir conjurar tan criminal complot, que amenazó de muerte al partido conservador y puso en peligro la vida de uno de sus principales caudillos;

Considerando: Que la actitud levantada y patriótica de los pueblos de los departamentos de Rivas, Carazo y Chontales, correspondió a la magnitud del peligro, concurriendo en masa a ponerse a las órdenes del señor Comandante de Armas de este Departamento, pidiendo rifles con que marchar sobre Managua a defender a su partido y libertad a su jefe:

A C U E R D A :

Primero — Condenar enérgicamente la traición del expresidente Estrada, del exministro Moncada, y de todos aquellos que directa o indirectamente se presentaron a las indignas maquinaciones del liberalismo nicaragüense.

Segundo — Felicitar al señor General Luis Mena, por haber salido ileso de tan grave peligro.

Tercero — Dar un voto de gracia a los militares conservadores que fueron leales y enérgicos en el cumplimiento de su deber, haciendo que fracasara la conjuración, así como a todos los demás que con su actividad y valor heroico prestaron su contingente en tan difíciles momentos.

Cuarto — Transcribir esta acta íntegramente al señor General Luis Mena, y hacerla publicar por la prensa.

Después de leída esta acta fué aprobada, y firman: Alejandro Marenco. E. J. Gutiérrez, Adán Arana, José Argüello, D. Morales. Ante mí, Secretario, Pilar A. Ortega".

De U. señor Ministro atento y seguro servidor.

PILAR A ORTEGA

El señor Ministro
de la Guerra y Marina, confesió:

Managua, 16 de Mayo de 1911.

Señor Secretario Municipal,
Granada.

Tengo el honor de referirme a su muy atenta comunicación del 11 del mes corriente, en la que me transcribe el acta que esa honorable Corporación Municipal levantó en dicha fecha, a raíz de los sucesos políticos acaecidos anteriormente, y en cuya acta los señores municipales reprueban de una manera enérgica, digna de los representantes de esa heroica ciudad, la conducta del expresidente General Juan J. Estrada y su exministro de la Gobernación, General José María Moncada, quienes violaron los compromisos contraídos con nuestro partido apoderándose alevosamente de mi persona y tratando de sobornar a los jefes de los principales cuarteles de esta Capital.

Afortunadamente, la enérgica actitud de varios jefes y la actividad y patriotismo de todos los conservadores de esta ciudad, Masaya y todo Oriente, salvaron al partido conservador del inminente riesgo que corría y a la Patria de que se derramara nuevamente y sin ninguna utilidad, la sangre de sus hijos.

Sírvase U. señor Secretario, hacer presente a la honorable Corporación de que es órgano, mis mas expresivas gracias por la enteresa con que condenan la conducta de los traidores a nuestra causa, y por la felicitación que me dirige a mí personalmente.

Con muestras de alto aprecio y consideración, soy de U. muy atento
S. S.

(f) LUIS MENA

UNA RECEPCION

XXXII

Un domingo del mes de Junio, a la 1:00 p. m. se verificó en el salón del Ayuntamiento de esta capital, una recepción en honor del General Bartolomé Viquez, Coronel Miguel Angel Castillo y de 28 oficiales del Campo de Marte que tomaron parte en los sucesos de la noche del 8 de Mayo.

Ofreció la fiesta a nombre de la Municipalidad D. Arturo Tijerino y como vocero de los festejados contestó don Gilberto Buitrago Díaz.

Todos los asistentes, dice el cronista cuyas son estas palabras, fueron obsequiados con champagne.

"A petición del público el General Colombiano Luis María Gómez dijo una alocución que terminó así: "A estos militares leales que para defender a su jefe no midieron el peligro ni pensaron en la recompensa en la hora en que pudieron haber vacilado, hay que enaltecerlos y honrarlos".

MUJERES DE LA REVOLUCION

XXXIII

Cae como hombre, cae como hombre!

Esa era la exclamación, la exhortación que hacía Da. Salvadora de Estrada a su esposo el Presidente la célebre noche. Se lo dijo cuando vió que le proponían el pensamiento del depósito y que él empezaba a vaci-

lar. No, no deposites, pelea, lucha Cae como hombre!

Tales palabras armonizan con su carácter. Tiene ella espíritu varonil, fuerte. Dama de porte elegante y trato agradable, es astuta y de grandes pasiones.

Antes de estallar la revolución estuvo en los Estados Unidos del Norte. Se asegura que llevaba poderes secretos del General Estrada para sentar las bases del movimiento y buscar alianzas. A pesar de mi investigación no he podido obtener documentos que lo comprueben. El hecho es que ella regresó a Bluefields en Setiembre de 1909; la revolución estalló en el mes siguiente.

Por vez primera la ví una noche, en un baile que se daba en "La Normal". Fuí presentado a ella.

Tanto gusto de conocer a Ud. —Señora— dije respetuosamente. Y me tendió su mano fina calzada con guante de color crema. Llevaba diadema imperial y princesa verdegay.

Yo la observaba con atención. Quería penetrar la psicología de aquella naturaleza rebelde, bravía en el peligro, tesonera en la lucha, incansable en el afán político, que bajada de la montaña con la frescura de su entusiasmo, en la ola de la revolución.

Y la seguía con interés en los rápidos escarceos del vals o de la danza. Fué una "noche Azul" de luces y colores, de fragancias, de mujeres hermosas, arrogantes, esculturales.

Sí, ella es: es la Presidenta, exclamaba un médico revolucionario de la Costa. Su casa en Bluefields era el centro de las combinaciones, de la provisión, de los recursos. Cuando todos vacilábamos, ella nos alentaba. Cuando nos creíamos perdidos, ella profetizaba el triunfo. Gran observadora, todo lo veía, lo vigilaba.

La crónica le atribuye algunos hechos extraordinarios.

—Sí, más de una vez ha puesto a prueba su valor. Tal vez para U. que escribe para la prensa tenga interés lo que voy a referirle. Son hechos que la perfilan y que dan a conocer a las mujeres de nuestra raza.

Y sentados alrededor de una mesita de mármol en la cual se nos había servido vino blanco, pastelillos y olorosas confituras, me refirió el lance del Cabo de Gracias a Dios a que alude una de las notas.

En esa ocasión, exclamaba, se distinguió doña Salvadora por su arrojo. Es todo un episodio referido de distintos modos y cuya sustancia es la siguiente: Estrada estaba de Intendente en el Cabo y lo atacaron las tropas rebeldes de la Costa encabezadas por Carlos Quinto. Después de los primeros disparos, cayó mortalmente herido. Doña Salvadora grita entonces a los soldados.

—¡No lo acaben de matar! ¡Está herido y vencido! En esa situación todo hombre es sagrado!

Ellos no hicieron caso y dispararon otra descarga casi a quemarropa de la cual resultó la señora con un balazo en el brazo izquierdo. Al verse herida, se irritó mas, salto sobre el cuerpo de su marido, e interponiéndose entre él y los asaltantes, les gritó con resolución:

Ahora mátenme a mí, cobardes! Vean si tienen ánimo de matar a una mujer.

Los soldados bajaron las armas.

Cae como hombre! Es decir, requiere tu energía, tu valor: juega, si es posible, tu vida en esta hora suprema. Cuenta con mi perspicacia para defenderte: con mi fuerte voluntad para ayudarte.

Pero cómo! Estrada estaba en un cerco de hierro, cerco que quiso ablandar, según se asegura, con donativos de dinero. Imposible! ¿Quiénes aceptaron esos donativos? Por mas que he inquirido, que he interrogado, sólo he encontrado esta respuesta: el silencio.

REBELDIAS

XXXIV

No muy fácilmente Nicaragua entra al carril del pacifismo. Se re-

siente por ley de herencia de ese mal crónico que aqueja a Latinoamérica: — el mal de la guerra.

Los progenitores, los troncos de la raza, así vivían, así pasaban su existencia: — en el eterno vaivén de las revoluciones.

Rebeldes por naturaleza, no soportaban el yugo de las imposiciones y buscaban en la contienda guerrera, en el afán de los combates, una amable ideal de libertad superior quizá al medio en que vivían.

Los modernos nicaragüenses llevan en la sangre esa rebeldía, y su historia que ha sido un férreo engarce de tragedias, marcó siempre alto punto de valor, reflejo de constante heroísmo y de poderosa y abnegada energía.

Pueden en su marcha haber equivocado el camino aceptando directores que los extraviaban, pero la pristina pureza de sus ideas, su propósito elevado y noble de mejoramiento, se ha conservado íntegro en el santuario, fragante y hermoso de sus virtudes patrióticas, donde alienta y palpita el verbo inmortal del credo republicano.

Después de la Barranca, que fué un levantamiento de conservadores contra un patricio conservador, aparece Zelaya en escena con su alfanje de guerrero y sus botas de campaña. Tomó auge su bandera a la sombra de Joaquín Zavala y Eduardo Montiel y cuando sonó la hora en el reloj de su destino, escaló la presidencia pisoteando y cañoneando a sus aliados de la víspera.

Nadie se hubiera imaginado que el 28 de Abril iba a traer como consecuencia el 11 de Julio de 1893. Por eso es tan sabio el aforismo: Se sabe como empieza una revolución pero no como termina.

El poder de Zelaya enraiza durante más de 16 años y a pesar de su brazo fuerte quedó, en pje, como levadura de altivez, la rebeldía atávica de la raza.

Se va Zelaya y tras él Madriz.

La revolución avanza sobre el interior como una ola. ¿Está asegurada la paz? No: la lucha continuó según lo hemos visto en el seno de aquella misma. Es el mismo espíritu inquieto que busca acomodos, expansión, dentro de las tortuosidades de su alcázar trágico.

Una lucha sorda, de gabinete, en la cual la sonrisa es una amable mueca de odio, lucha de salón con guante de seda y puñal de oro, bajo la astuta cortesía del afectado cariño y del disimulo. Lucha a lo Luis XIV que al fin estalla y se manifiesta como una marejada el 8 de Mayo.

Estrada y Moncada, dos jefes revolucionarios, caen y se alejan de la escena después de la separación espontánea del valeroso y prestigiado general Emiliano Chamorro.

Quedan en el poder dos factores de la revolución: Don Adolfo Díaz y el General don Luis Mena. ¿Habrá paz?

Si se amoldan y compenetran en un sólo propósito de justicia, libertad y administración, sí, habrá paz. Pero... dejemos estas consideraciones que son ajenas a las tendencias históricas de este libro.

Por el momento, Díaz y Mena llaman a la conciliación al partido conservador. Quieren compactarlo al pie de la antigua tienda histórica.

Al intento, han dicho por la prensa, después de la ausencia de Estrada y Moncada estas palabras:

A LOS PUEBLOS DE NICARAGUA

Conocidos son de todos en el país, los sucesos de estos últimos meses en que ha estado el Gobierno de la revolución de Octubre dirigiendo los destinos de la Patria. La fuerza de ellos ha hecho que de los jefes que formaron aquel movimiento queden solo en el Poder Ejecutivo, como representante de esos ideales, los que suscriben este Manifiesto, en el cual confirman los principios de su programa y declaran ante la Nación el propósito de cumplirlo, siguiendo la misma política inclinada en Bluefields en la fecha memorable del levantamiento contra la tiranía.

En la actual situación queda integrado el Gobierno por elementos netamente conservadores, y por ello toca a ese partido unir los grupos en que por desgracia lo han dividido las pasiones para que preste su apoyo al actual gobierno, de cuyos actos será responsable ante la Historia, aun-

que no estén todos sus hombres principales, por no ser posible, colaborando en las diarias faénas de la administración pública.

Es uno de nuestros más vehementes deseos y será marcada tendencia de nuestra política, unir al Partido Conservador, por cuya salvación hemos luchado, para que ponga todas las patrióticas energías en que abundan sus elementos en defender obra de la revolución, gloria que le pertenece, y en sostener los principios de Libertad y Orden que informan nuestro credo político.

El definir de manera clara y terminante la política conservadora del Gobierno, no quiere decir que olvidemos los fines de reconciliación y concordia a que está obligado todo gobierno honrado hacia sus adversarios políticos. Deseamos asegurar los derechos y garantías a todos los nicaragüenses para que, reconociendo los beneficios de la paz, se dediquen bajo su imperio a restaurar con el trabajo a la república de las hondas heridas que la tienen postrada.

LUIS MENA

A. DIAZ

Managua, 23 de mayo de 1911.

FUGA DE CODORNICES

Cuando cayó el General Estrada no quedó ningún amigo a su alrededor. Mejor dicho, ningún estradista. Es fenómeno corriente huir del que cae.

Los admiradores de la víspera se le fueron a Estrada con la misma facilidad con que se va el agua de las manos. Eran las nerviosas codornices que alzaban rápidas el vuelo espantadas por el ruido de la caída, como ante un escopetazo, buscando atropelladamente seguridad entre los matorrales de la política.

A Zelaya lo negaron, no digo una vez, veinte veces. Y no solo muchos de sus amigos a quienes siempre dió calor el sol de la dictadura, también algunos parientes.

Si mañana salieran del poder don Adolfo Díaz y el General don Luis Mena, quedarían pocos adolfistas y menistas. Y quien sabe! Madre luminosa, es la Historia que nos enseña a ver, a vivir, sobre las sirtas del mundo y ella dice a los hombres que Pipaon ¡Oh dicha! vuelve constantemente la ansiosa mirada hacia el sol de levante para entonar todos los días la calculada canción de triunfo y de victoria.

Oigase bien: a Levante.

Solamente el ideal ata a los hombres con sus invisibles cordajes de oro. Las situaciones convencionales no los detiene, no los obliga en el desastre.

Antes de ser Presidente el General Estrada era carpintero. Nacido en Managua, de matrimonio humilde pero virtuoso — doña Ignacia Morales y don Macario Estrada, pasó por el calvario del obrero.

Hijo del taller, se hizo militar durante la guerra de la Barranca y entonces peleó como oficial de escuadra. Después entró en las tramas políticas y fué ascendiendo. Después, en las conspiraciones revolucionarias. Sube a la cumbre por la fuerza de los cañones, se detienen un momento, oscila y cae.

Tres artesanos, entre ellos el maestro de obras José Angel Aranda, fueron los únicos que llegaron a la Estación a despedirlo. En su naufragio, aquellos honrados obreros le tendían la mano. Era una protesta de lealtad que le salía con sorpresa al paso en medio de la sombra como una luz en la noche de su destino.

FIN